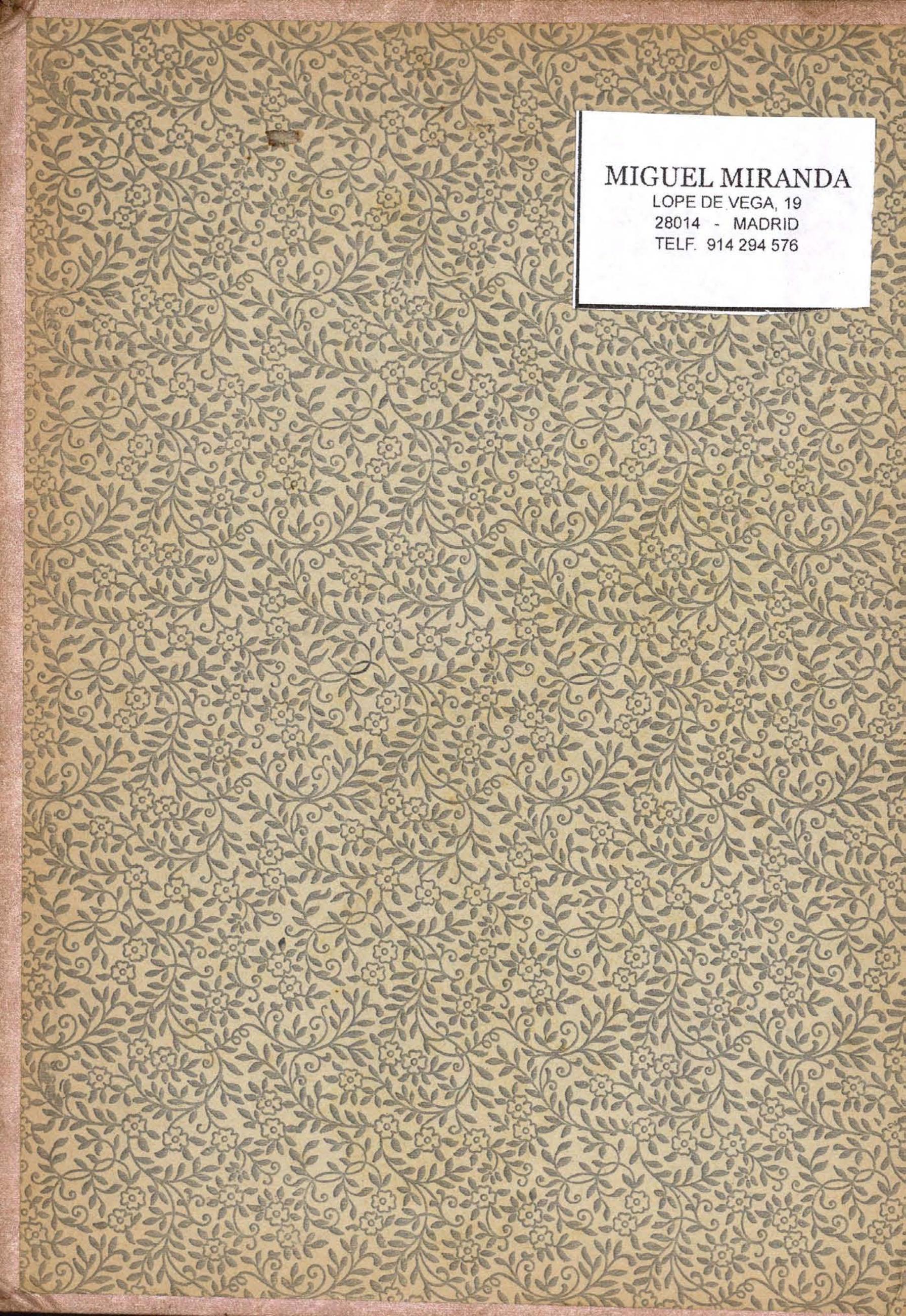


FERNANDEZ DE LOS RIOS

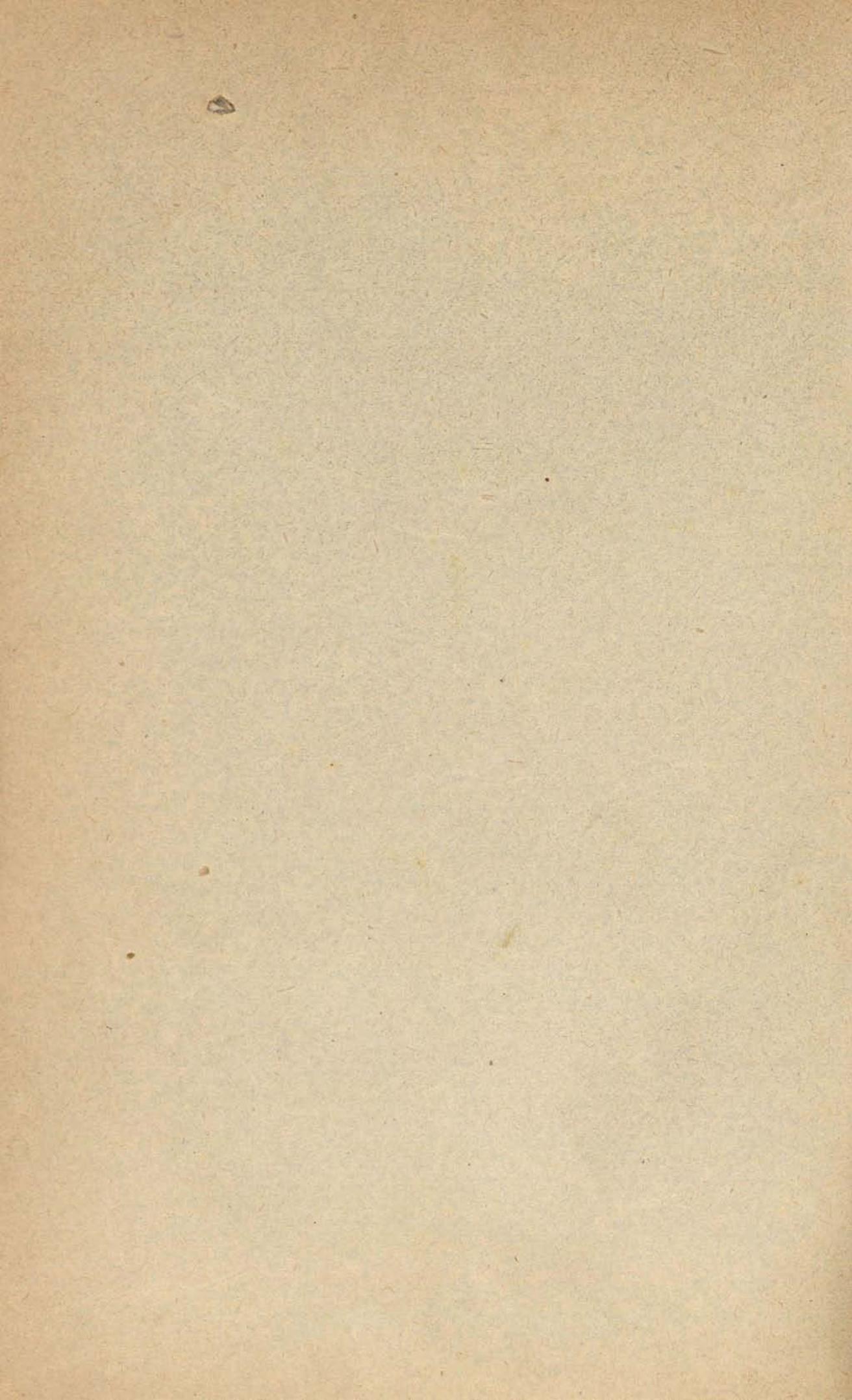
TESORO
DE CUENTOS



MIGUEL MIRANDA

LOPE DE VEGA, 19
28014 - MADRID
TELF. 914 294 576





A-2390

12
134961

TESORO DE CUENTOS.

A large, stylized handwritten signature in blue ink, appearing to read 'José González Pastor'. The signature is highly cursive and overlaps itself.

José González Pastor
C. Turia 61-19

TESORO
DE
CUENTOS,

ESCOJIDOS, ARREGLADOS Ó ESCRITOS

POR

D. A. FERNANDEZ DE LOS RIOS.

ILUSTRADOS

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS DE NUESTROS PRIMEROS ARTISTAS

SEGUNDA EDICION.

MADRID:
Libreria de San Martin,
Puerta del Sol, 6,
1875

TESORO

CUENTOS

ESCUJIDOS, ARIETALLOS O ESCRITOS



D. A. FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS

ILUSTRADOS

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS DE NUESTROS PRIMEROS ARTISTAS

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

Librería de San Martín

Prta. del Sol

1912





Teresa Salvo Assensio y Rosadas.

Me parece que te estoy viendo, mi querida Teresa, la noche del último Julio en que, puesto de nuestra parte tu cariñoso papá, y obtenido de tu mamá el permiso, que teníamos por inverosímil, para que vinieras á pasar el verano con nosotros, formabais en la Estacion del ferro-carril del Norte, Emilia, Matilde y tú, aquel bullicioso triángulo infantil que traje conmigo á este valle, buscando una cuarta compañera de juegos y diversiones.

Recuerdo tu sorpresa al contemplar por vez primera los pintorescos panoramas de un país quebrado y frondoso; tus impresiones cuando, al dorarse las nubecillas de la mañana con la primera luz de la aurora, empezaste á respirar los perfumes que exhalaban las praderas, esmaltadas de flores; tu entusiasmo cuando, iluminado el paisaje por los alegres rayos del sol del estío, viste los altos picos de las montañas velados por nieblas blancas y transparentes, los bosques de castaños y nogales que formaban sobre nosotros bóvedas espesas, las peñas, tapizadas á trechos

por el musgo, entre las cuales descendian limpios manantiales, filtrándose silenciosamente ó cayendo en cascada, por entre cuyo rocío pasaban las golondrinas rozando con la punta del ala la superficie del agua; tu gozo, en fin, al pensar en la sorpresa de Angela, y los sitios donde te ocultaste al entrar en el jardin para producírsela completa, y todo aquel viaje, y todo este verano, alegres y dichosos como una sonrisa de la primavera.

¡Qué diferente es lo que viste, mi querida Teresa, contemplado á la pálida luz de una aurora de Noviembre! Praderas, montañas y rocas, todo tiene el color uniforme del sudario de nieve que lo ha cubierto; el cielo azul del verano está oculto por espesas nubes, que trazan sobre la tierra grandes sombras, y que rara vez permiten el paso á un rayo de sol descolorido y melancólico; los árboles desfilan á los costados del viajero como negros fantasmas, mostrando sus troncos y sus brazos desnudos y oscuros; los arroyos se han convertido en torrentes; á la suave brisa del estío ha reemplazado el viento frio del invierno, que corre con violencia lanzando gemidos misteriosos y arrebatando las últimas hojas y las postreras flores del jardin donde te escondiste. El duelo de la naturaleza corresponde al de mi corazon cuando te escribo, y al del tuyo cuando leas estas líneas!

Más tristeza aún que la campiña me ha producido esta casa, al encontrar vacío el cuarto del que mejor que amigo era el hermano de mi alma; el banco de césped que elegíamos las tardes de verano para nuestras largas conversaciones bajo la inclinada copa de los saúces; el sitio donde escribíamos, alguna vez á párrafos alternados, en mi gabinete de estudio, al que acudias tú con tanta frecuencia para pedirme libros de cuentos, que las cuatro compañeras leíais á las sombras de las pasionarias y los jazmines, mientras la brisa deshojaba las flores, y los pájaros

cantaban en la enramada revoloteando junto á vosotras en torno de sus nidos, ahora destrozados.

Ahí, en Madrid, habia para mí una especie de imposibilidad de creer en la desaparicion del amigo; aquí parece que llevo conmigo una prolongacion de su existencia; ahí como aquí me siguen su pensamiento, su imágen, su voz, sus frases habituales, sus rasgos de carácter; es, Teresa, que el cielo pone una distancia entre la ilusion de la vida y la evidencia de la muerte, como los sentidos entre el hacha que los ojos ven caer sobre el árbol y el golpe que no llega al oido hasta algun tiempo despues.

Volviendo á los cuentos, resultó que los que te podia dar no bastaron para satisfacer tu aficion á la lectura, y entonces hube de acudir á los que me han sugerido ahora la idea de formar, con ellos y con otros, una coleccion que sirva de ofrenda á la hija del amigo, cuyo verdadero sepulcro creo algunas veces que está en mi corazon.

Yo no sé si estas flores que he recogido para ofrecértelas, forman un ramillete; sé sólo que el pensamiento de reunir las sirve de entretenimiento á mi pena, y que esta página que va delante, lleva una lágrima tan amarga como la que vertimos abrazados todos los que quedais en el triste hogar de mi amigo y yo, la tarde que os dije ¡adios!

Sea, pues, este libro, mi querida Teresa, el amigo de tu infancia, y esta página la expresion de lo que siente el que ha perdido á aquel con quien estaba asociado para partir mutuamente por mitad todas las satisfacciones y todos los pesares.

Sea tambien esta carta una esperanza de que, leida en otra edad, cuando yo haya terminado el surco que el destino me reserve por tarea, y haya hundido mi cabeza en la almohada para la primera hora del sueño eterno en la region donde tu padre

descansa, la hija de mi hermano de adopción, reflejo suyo, aunque niña en la inteligencia y el carácter, deje caer una siempreviva sobre el sitio de mi reposo.

Entretanto, siempre que llegue el aire tibio de la primavera y se fundan las nieves, y reverdezcan las praderas, y se abran las violetas, y broten las flores, y recobren su voz los pájaros, cuenta, mi querida Teresa, con que todo lo que aquí me rodea tiene para tí igual ó mayor cariño que el de que te ofrece testimonio la memoria del último verano.

A. FERNANDEZ DE LOS RIOS.

San Vicente de Toranzo, 21 Noviembre, 1873.

JUANIN Y JUANON.

Habia una vez en cierto pueblo, cuyo nombre no hace al caso, dos individuos que se llamaban el uno como el otro: Juan.

Pero si los dos eran idénticos en cuanto á Juanes, no les sucedia lo mismo respecto á fortuna: el uno tenia dos parejas de mulas, miéntras que el otro no tenia más que media: es decir, una sola mula.

Esto sirvió para que en el pueblo distinguieran á nuestros dos Juanes, llamando Juanon al de las parejas y Juanin al de la mula solitaria: es decir, que, en esta ocasion como en tantas otras, las gentes aplicaban el aumentativo y el diminutivo, no en razon de la inteligencia, de la estatura, ni siquiera de la fuerza, sino en razon de la fortuna.

A consecuencia de un convenio celebrado entre los dos Juanes, Juanin estaba obligado á labrar las heredades á Juanon y pres-tarle su única mula seis dias de la semana, y Juanon, en cambio

debía ayudar á Juanin, prestándole las dos parejas para el trabajo de las tierras de éste, pero solo los domingos.

Otro que no fuera Juanin, habría llevado á mal eso de trabajar el día en que todo el mundo descansaba y se divertía en el pueblo; pero era aquel un muchacho muy activo y muy alegre para quejarse de ello, y el domingo, que podría creerse día de pena para él, era por el contrario, día de gozo.

Cuadrábase orgulosamente delante de las cinco mulas, chasqueaba el látigo y las hacía girar en la era formando fila; se le figuraba entónces que le pertenecían las cinco caballerías.

Brillaba el sol de la mañana; las campanas llamaban al pueblo á la iglesia; hombres y mujeres con el traje del día de fiesta, pasaban para ir á misa por delante de la era de Juanin, y éste, saludando alegremente á los amigos y satisfecho con sus cinco mulas, las arreaba, gritando entusiasmado:

—¡Arre! ¡Alzad, mulas mías!

—No debías hablar así, le dijo Juanon, que en lugar de ayudarle en su tarea, como estaba convenido, le miraba trabajar cruzado de brazos.

—Y ¿por qué no debía hablar así? preguntó Juanin.

—Porque de esas mulas sólo una es tuya; las otras cuatro me pertenecen, si á ello no te opones.

—Es verdad, respondió Juanin sin el menor asomo de envidia.

Pero no obstante esta confesion, tan pronto como un amigo, un conocido y hasta un extraño acertaban á pasar y á mirarle, Juanin olvidaba la prohibicion, empezaba á chasquear de nuevo el látigo con mucha gracia y á gritar:

—¡Arre! ¡Alzad, mulas mías!

—Ya te he prevenido, le dijo Juanon, que me disgusta eso de que las llares mulas tuyas. Te lo repito de nuevo y es la última vez; si te vuelve á suceder ya verás lo que hago.

—No sucederá, contestó Juanin, tendré cuidado.

Apenas volvió á pasar gente y le saludó con afecto, cuando el demonio de la vanidad se apoderó de su voz, y á riesgo de

lo que pudiera hacer Juanon, volvió á chasquear el látigo y á gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Arre! ¡Alzad, mulas mias!

—Espera, espera, yo arrearé tus mulas, dijo Juanon, y cogiendo un enorme guijarro, le lanzó con tanta violencia á la frente de la mula de Juanin, que cayó muerta como si la hubieran acertado con una bala.

Juanin desahogó su pena por medio de lamentos y de lágrimas; pero sobre que no era de carácter melancólico comprendió que el llanto no devolvería la vida á su mula; enjugó los ojos con la manga de la camisa, sacó del bolsillo la navaja, y se puso á desollar la bestia que lo mejor que tenía era el pellejo: extendióle sobre un seto para que se secara, y cuando estuvo á su gusto, le metió en un saco y se le echó á la espalda, con intención de ir á venderle al mercado de la villa inmediata.

Estaba lejos de la aldea, y para llegar era preciso atravesar un bosque muy espeso y muy sombrío; por añadidura, en medio de él sorprendió á Juanin una gran tormenta, se extravió y vino la noche, sin que pudiera encontrar el camino de la villa.

A fuerza de andar llegó sin embargo á lo más claro del arbolado, y viendo una casa de campo, se dirigió á ella con las mayores esperanzas de encontrar allí el albergue que necesitaba.

Estaban cerradas las persianas, pero se veía luz á través de las rendijas.

Juanin llamó á la puerta.

Abrióla la dueña de la casa.

Juanin expuso cortesmente su deseo; pero no la hizo efecto la cortesía.

—Siga V. su camino, buen hombre, le dijo; mi marido está fuera y en su ausencia no recibo gente extraña.

—¡Tendré que pasar la noche á la luna de Valencia! Exclamó Juanin con acompañamiento de un suspiro.

Lo sentido de la exclamacion y lo profundo del suspiro, no estorbaron que la mujer, dejándole sin contestacion alguna, le diera con la puerta en las narices.

Juanin echó en torno suyo una mirada investigadora, porque estaba bien decidido á no dar un paso más, y vió que cerca de la casa había un molino y entre el molino y la casa un cobertizo, cuyo techo era de paja y con poca inclinacion.

—¡Bueno! se dijo Juanin, ya tengo cama, extenderé la piel de mi mula sobre la paja, me acostaré encima, me cubriré con el saco y dormiré mejor que ese pícaro de Juanon que mató á la pobre caballería.

Hízolo como lo dijo; se subió sobre el cobertizo, extendió la piel y se acostó sobre ella, cubriéndose con el saco y dando vueltas y más vueltas para encontrar cómoda postura.

Un rayo de luz hirió sus ojos al dar las vueltas y revueltas. Este rayo de luz salía de una ventana que ajustaba mal.

Por la rendija pudo ver Juanin lo que pasaba dentro de la casa; y por cierto que despues de lo que habia oido á su dueña, lo que vió no pudo ménos de admirarle.

—¿Qué vió? preguntará el lector.

Vamos á decirselo. Vió una gran mesa y sobre ella un pescado magnífico, un pavo asado, una empanada y varias botellas de vino de diferentes colores.

A esta mesa estaban sentados la dueña de la casa y el maestro de escuela del pueblo de Juanin: la mujer servía á su convidado, le llenaba la copa y le invitaba á beber por ella y por otras cosas.

—¡Calla! ¡calla! dijo Juanin, pues es un banquete completo... Ahora se levanta la mujer; ¡irá á buscar más comestibles todavía?... Hecho y dicho. ¡Pastelillos, tortas de crema!... ¡Diablo, qué afortunado es el maestro!

En este momento oyó en el camino ruido de pasos que se aproximaban á la casa.

Era el dueño de ella: Juanin no le habia visto jamás, pero lo adivinó en los golpes redoblados que dió á la puerta; solo un amo podia llamar de aquella manera.

El tal dueño pasaba, y con razon, por excelente sugeto; pero tenia una manía singular: no podia ver delante de sí á ningun

maestro de escuela, sin ponerse furioso como si estuviera de rabia.

Añadamos que el maestro de la aldea de Juanin, conociendo perfectamente aquella antipatía á los maestros en general y á él en particular, no ponía los piés en la casa, salvo los casos en que sabiendo la ausencia del dueño, iba á saludar á la mujer. De aquí que reconocida ésta á la atencion, le sirviera lo mejor que tenia en la despensa.

¿Por qué esta aversion del marido á una clase en general y á un individuo de ella en particular? La historia no lo dice, sin duda porque no hace falta alguna al lector de los sucesos que vamos refiriendo.

Ahora bien; cuando los dos comensales oyeron llamar á la puerta, y en la manera de golpearla reconocieron el puño del amo; se asustaron tan completamente, que la mujer rogó al maestro se ocultara en un gran cofre vacío que habia en un rincón de la sala.

El maestro, que temblaba como un azogado, no se hizo de rogar, y mientras la mujer empezaba á levantar la mesa, él saltó al cofre y desapareció en el fondo.

Bien hubiera querido la dueña de la casa cerrarle con llave, pero hacia tiempo que se habia perdido, y no previendo de cuánta utilidad podria ser algun dia el tal cofre, la mujer no se cuidó de mandar hacer otra.

Contentóse con echar sobre él todo lo que encontró á mano, y corriendo á la mesa, acabó de recoger el pescado, el pavo, la empanada, los pastelillos y las tortas, y lo metió en el horno, porque si el marido hubiese visto aquella provision, no habria dejado de preguntar qué significaba semejante banquete.

—¡Ah! exclamó Juanin desde el techo del cobertizo viendo abrirse la boca del horno y tragarse tan magnífica cena. ¡Ah! ¡dichoso horno!

El dueño de la casa, que continuaba llamando á la puerta, oyó el suspiro, y preguntó, dirigiéndose al sitio de donde habia salido:

—¡Hola! ¿Está ahí alguno?

—Está mi persona, contestó Juanin.

—Y ¿quién eres tú?

—Soy Juanin.

—¿Qué haces ahí arriba?

—Me habia recogido aquí para dormir, no podia conciliar el sueño y suspiraba echándole de ménos.

—¿Por qué no has entrado en casa y te has acomodado en el pajar?

—Porque la mujer de V., que es muy prudente, me ha contestado que no estando su marido, no podia recibir á ningun extraño.

—¡Pobre Andrea! la reconozco en ese rasgo; pero ven conmigo y serás bien recibido; yo te lo prometo.

—¡Diablo! dijo Juanin poniendo la piel en el saco, el saco en la espalda, y dejándose deslizar por la vertiente del cobertizo: parece que la esposa de V. no se da mucha priesa á abrir la puerta.

—Sin duda se ha acostado, y está durmiendo; tiene muy pesado el primer sueño. Pero ahí viene, ya la siento.

En efecto, la puerta se abrió al fin.

—¡Ah! eres tú, querido Nicolás, exclamó la buena Andrea, dando un abrazo á su marido: ¿hace mucho tiempo que estás llamando?

—No; hace poco, diez minutos, cerca de un cuarto de hora.

—¡Un cuarto de hora! ¡Pobre Nicolás, qué frio debes tener y qué cansancio! Acuéstate al momento.

—No tan pronto, contestó Nicolás; tengo más hambre que frio ni sueño, y me prometo cenar ántes de meterme en la cama: ahí está ese muchacho, que no llevará á mal acompañarme, ¿no es verdad, Juanin?

—No me hubiera atrevido á pedir á V. tanto, Sr. Nicolás; pero ya que me convida, tendré en ello mucho gusto.

Despues, volviéndose á la mujer, como si la viera por primera vez, la dijo:

—¡Muy buenas noches!

—Buenas noches, buenas noches, contestó ella que habría preferido tener noticias de que Juanin estaba á cien leguas de allí, no ciertamente porque sospechara que hubiera visto lo de la cena, sino calculando que si su marido se llegaba á sentar á la mesa con él, no habría medio de hacerlos levantar ni al uno ni al otro, lo cual sería bastante desagradable para el pobre maestro encerrado en el cofre.

Pero discurrió otro medio para que no se eternizasen en la cena, que fué no servirles más que un gran plato de legumbres cocidas con agua, que había sobrado de la comida de los jornaleros.

Nicolás tenía mucha hambre y comía con gran apetito y sin quejarse, porque no sospechaba que hubiese en casa nada mejor que cenar, y porque en aquel plato de legumbres cocidas con agua, no veía más que un testimonio de la economía de su mujer.

No le sucedió lo mismo á Juanin, que tenía muy presente en su memoria el pescado, el pavo asado, la empanada, los pastelillos y las tortas, y que sabía no se necesitaba más que quitar la tapa del horno para dar con semejante tesoro.

Había tirado debajo de la mesa el saco en que estaba la piel de su mula que iba á vender á la villa, tenía sobre él un pié, y como el plato de berzas no le agradaba y andaba buscando un medio de hacer salir del horno el tesoro que contenía, apoyó maquinalmente el pié en el saco:

—¡Coinck! hizo la piel con la presión.

—¡Calla! dijo Nicolás.

—¿Qué? preguntó Juanin.

Los dos callaron.

Juanin apoyó de nuevo el pié en el saco.

—¡Coinck! repitió la piel, gimiendo por segunda vez.

Nicolás reconoció de dónde salía el ruido.

—¿Qué tienes en ese saco? preguntó á Juanin.

—Nada, no haga V. caso, contestó Juanin, es un mago.

—¿Cómo un mago?

—Sí.

—¿Tienes un mago en el saco?

—Sí, ¿y qué?

—Y ¿es él quien se queja?

—El es quien me habla.

—¿Y qué te dice?

—Me dice en su lengua, que no coma esas horribles berzas sin sustancia, porque él ha puesto en el horno todas las cosas necesarias para que cenemos bien.

—¡Diablo! exclamó Nicolás, si eso fuera cierto, tu mago sería admirable.

—Vaya V. mismo á cerciorarse.

—¿Y si mintiera?

—De todas maneras, no le cuesta á V. mucho trabajo; pero mi mago no miente jamás.

Juanin dijo esto con tanta aplomó, que Nicolás se fué derecho al horno, quitó la tapadera y se quedó asombrado, al encontrarse con los excelentes manjares que su mujer había escondido. Esta no acertaba á proferir palabra, y se apresuró á cubrir la mesa con todos los platos que el horno contenia y que los dos recién llegados empezaron á tragar con excelente apetito.

Triste cosa era pasar aquello con mal vino. Juanin apoyó otra vez el pié sobre el saco, que de nuevo hizo: ¡Coinck!

—Vaya, ¿qué dice ahora? preguntó Nicolás, bien humorado con aquella excelente cena, que no le costaba un céntimo.

—Es este hablador de mago, que no quiere callarse.

—Y ¿por qué se ha de callar, si habla tan bien?

Animado el mago hizo: ¡Coinck!

—¿Qué dice? ¿qué dice? repitió con insistencia Nicolás, que no entendia aquel idioma.

—Me indica, contestó Juanin, que al otro lado del horno, cerca del sitio donde estaban el pescado, el pavo y la empanada, ha puesto tres botellas de vinos excelentes de distintas clases, destinados á hacer que todo esto pase bien por la garganta.

—Vete á ver, Andrea, vete á ver, dijo alegremente su marido.

Y Andrea tuvo que ir á sacar las botellas de vino y llenar los vasos de los dos convidados.

Nicolás bebía bien y se iba poniendo muy alegre; en medio de esta alegría empezó á tener deseos de hacerse dueño de un mago tan útil.

—Vamos á ver, le dijo á Juanin: ¿podría hacer tu mago que se apareciese el diablo?

—¡Mucho pedir es eso!

—Infórmate si podría, añadió Nicolás con insistencia.

—Y si pudiera ¿no tendría V. miedo?

—¡Yo! ¡bah! cuando he echado al estómago una botella de vino bueno, no temo nada. ¿Podría? ¿Podría?

—Mi mago puede todo lo que yo quiero. ¿No es verdad? preguntó Juanin, apoyando el pié sobre el saco, lo cual hizo chillar á la piel.

—¡Qué!... preguntó Nicolás lleno de ansiedad.

—¡Qué! ¿no ha oído V.?

—Sí; pero no he comprendido.

—¡Ah! es verdad. Pues bien ha contestado que no hay ningún inconveniente.

—Pues entónces, vamos pronto.

—Pero es tan feo el diablo, amigo mio, que haríamos mejor en no verle.

—Sea todo lo feo que quiera; yo no soy ningún niño que tenga miedo al coco.

—No importa; hay una cosa que á V. le repugna extraordinariamente.

—Es verdad; los maestros de escuela en general y uno de ellos en particular.

—Pues bien; se le va á presentar á V. el diablo en forma del maestro, que le repugna individualmente.

—Sea; pero que no se acerque mucho, ó no respondo de mí.

—Está bien; en ese caso, decid á la señora Andrea que vaya á levantar la tapa de aquel cofre.

—¡Mi mujer! nunca tendría valor para eso; ¿no es verdad, Andrea?

—¡Yo! no, contestó la mujer castañeteando los dientes.

—Entonces, dijo Juanin, iré yo.

—No levanteis mucho la tapa, no sea que se escape.

—¡Oh! no tengais cuidado.

Nicolás alargó el cuello para mirar; en cuanto á su mujer, que se habia apoyado en una silla, parecia que iba á desmayarse y caer redonda en el suelo, tal era su palidez y de tal manera vacilaba.

Juanin levantó la tapa del cofre.

—Ea, dijo, vea V. si no es esa, punto por punto, la *vera* *efigie* del maestro aborrecido.

—¡Huf! exclamó Nicolás, es horrible; ¡tapa! ¡tapa!

No habia que temer que el diablo tratase de salir, porque estaba acurrucado y como incrustado en el fondo del baul.

Juanin dejó caer la tapa.

—Ahora, dijo, bebamos y no pensemos más en el diablo.

Y los dos compañeros hicieron llenar los vasos á Andrea, que falta de tino por el temblor de la mano, derramaba parte del líquido sobre la mesa.

—¿Sabes lo que digo? exclamó Nicolás dirigiéndose á Juanin: que debias venderme tu mago.

—¡Oh! imposible, contestó éste; reflexionad lo útil que es para mi.

—Pideme lo que quieras.

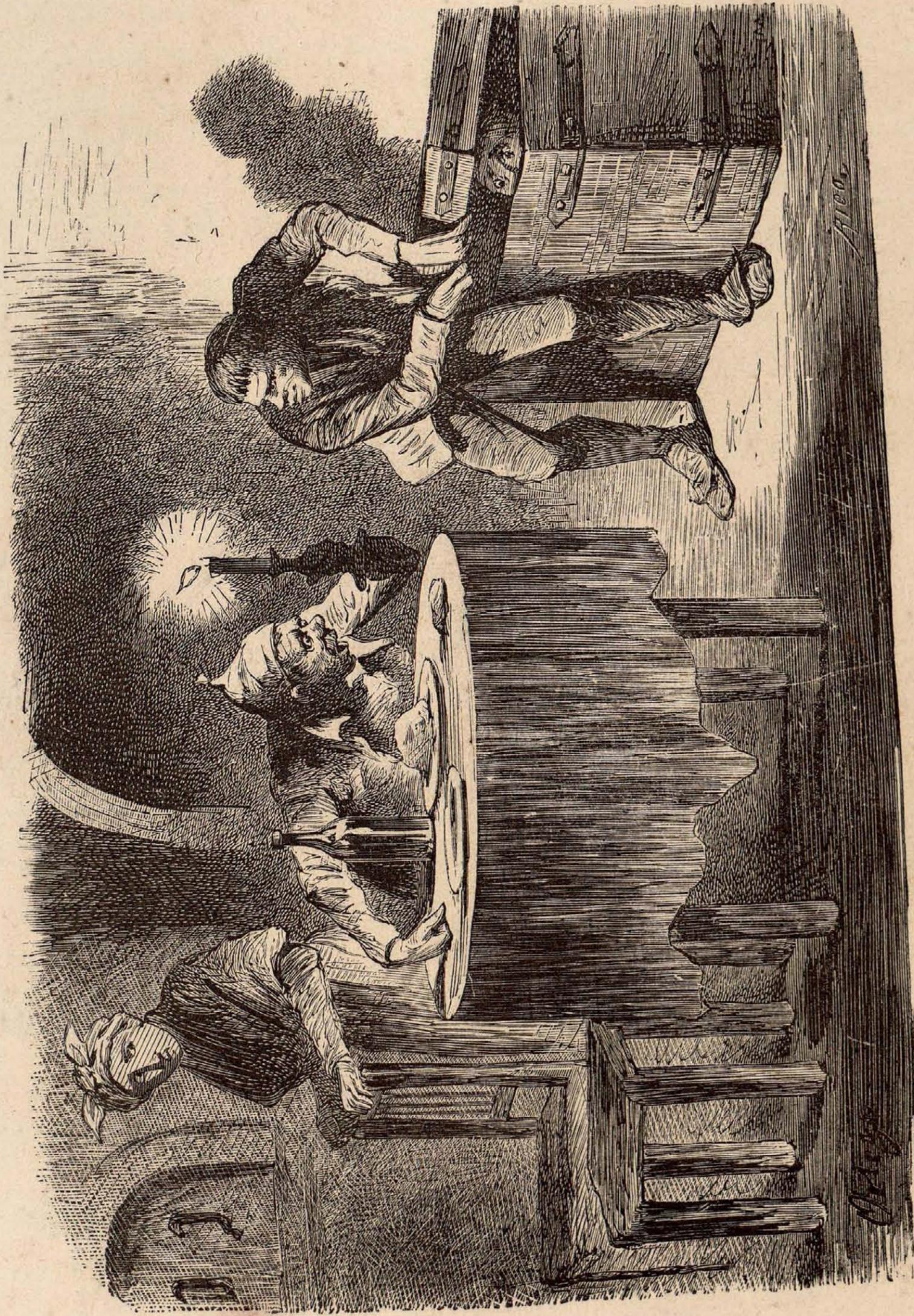
Y añadió por lo bajo:

—Soy rico, más rico de lo que creen.

—Sí, pero yo no os le vendo, aunque sea pobre.

¿Y si te pago tanto que te haga rico? Mira, Juanin, te doy un celemin lleno de pesetas.

—Escuche V., dijo Juanin, como V. ha sido amable conmigo, como me ha recogido cuando estaba á la luna de Valencia, haré por V. lo que no haria por nadie. Está bien; tendrá V. mi mago por todas las pesetas que pueda contener un celemin.



Juanin levantó la tapa del cofre.



—Es cosa hecha.

—Espere V.

—¿Qué?

—Quiero además ese cofre viejo.

—Con mucho gusto; ¡puede que aún esté el diablo dentro!

—Véalo V.

—¡Ah! no; me basta con lo que he visto; es demasiado feo.

Nicolás dió á Juanin un celemin bien lleno de pesetas, y éste le dió en cambio el saco con la piel de la mula dentro. El comprador le prestó un carro con dos caballos para que llevase las pesetas y el cofre; tan contento estaba con la compra que habia hecho.

—¡Adios, Sr. Nicolás! ¡Adios, Señora Andrea! dijo Juanin, y partió con el carro, los caballos, las pesetas y el cofre, dentro del cual continuaba el maestro. A la salida del bosque habia un rio caudaloso, ancho y profundo; cuando Juanin llegó con su convoy á la mitad del puente, dijo en voz alta:

—A fé mia que he hecho mal en pedir á Nicolás este cofre viejo. No sirve para nada, y aunque esté vacío, pesa tanto que cualquiera lo creeria lleno de piedras. Voy á arrojarle al agua; si flota y llega á casa, mejor; si se va al fondo, lo mismo me da. Y levantó el baul por un lado, como si fuera á echarle al rio.

—¡Detente, Juanin! gritó dentro una voz; detente un instante con mil diablos, y déjame salir ántes.

—¡Demonio! dijo Juanin sentándose sobre el cofre, de ningún modo; puesto que el diablo está todavia dentro, ahoguemos al diablo y todo andará bien en este mundo.

—Yo no soy el diablo, gritó el desgraciado prisionero; soy el maestro de tu lugar: Juanin no me ahogues, y te daré un celemin bien lleno de pesetas.

—Hazme un pagaré, dijo Juanin, pasando al embaulado un papel y lapiz por el agujero de la cerradura del cofre.

Cinco minutos despues salió el papel por el mismo camino por donde habia entrado.

— Ahí está, dijo una voz dentro.

Juanin leyó: «Pagaré á Juanin un celemin lleno de pesetas.»

— Te has olvidado, dijo éste, de decir *bien* lleno.

— Me obligo á ello, me obligo á ello, contestó el maestro.

— Entónces, repuso Juanin, no lo olvides.

— No lo olvidaré.

«Que le mediré tan pronto como llegue sano y salvo á mi casa.» Fecha y firma. La obligacion estaba en regla.

Juanin abrió el cofre, el maestro se puso fuera de un salto, y los dos echaron el cofre al agua. Tan pronto como el carro pasó el puente, marchó con tal velocidad, que pronto estuvo á la puerta de la casa del maestro; éste midió á Juanin un celemin de pesetas, bien lleno. Juanin se quitó la chaqueta, ató los puños, echó en cada manga las pesetas de un celemin y se fué á su casa.

— Por mi vida, dijo vaciando en mitad del cuarto el contenido de las mangas de la chaqueta, que he vendido bien la piel de la mula. Ya estoy viendo de mal humor á Juanon, cuando sepa el servicio que me hizo matándola. Pero se me figura que esos dos bribones me han medido mal las pesetas. Y llamando á un muchacho le envió á casa de Juanon, á pedirle un celemin para medir.

— ¿Qué diablos tendrá que medir, para pedirme que le preste un celemin? se preguntó Juanon, y con el objeto de saber á que atenerse, untó con pez el fondó del celemin, de modo que quedara pegado algo de lo que se midiera.

Sucedió como lo había previsto; Juanin, que ó no se apercibió de la malicia, ó si cayó en ella, no tuvo inconveniente en dar á conocer su buena suerte, devolvió el celemin con tres pesetas nuevas pegadas en el fondo.

— ¿Qué significa esto? dijo Juanon: ¿se ha hecho Juanin tan rico que mide la plata á celemines? Y corrió inmediatamente á su casa, donde encontró todavía las pesetas tiradas por el suelo.

— ¿Dónde has encontrado todo ese dinero? preguntó Juanon asombrado.

—Es el precio de la piel de la mula que me mataste.

—¡Tú te chanceas!

—¡Palabra de honor! anoche la vendí.

Juanin no mentía. Es verdad que las pesetas del maestro estaban mezcladas con las de Nicolás; pero no era ménos cierto que las pesetas todas procedían de la piel de la mula.

—¡Bien te la han pagado, por lo que veo! exclamó con envidia Juanon.

—Ciertamente; ¡qué servicio me hiciste matando un animal, que vivo, no valía arriba de diez duros, y muerto me ha proporcionado más de tres mil!

—Y ¿á quién has vendido la piel?

—Al dueño de la casa que hay en medio del bosque; si tienes algo que venderle, pregunta por el Sr. Nicolás.

—Sí, dijo Juanon, justamente tengo algo que venderle.

—Perfectamente, repuso Juanin, la ocasión es inmejorable; el Sr. Nicolás me prestó su carro y sus caballos, tú que tienes tanta cebada y tanta yerba que apenas cabe en el pajar, dálos de comer y devuélvele carro y caballos, que te lo agradecerá.

—No hay inconveniente, contestó Juanon, y se llevó á su casa caballos y carro.

En cuanto llegó, cogió un hacha, se fué derecho á la cuadra, mató las cuatro mulas, las desolló, puso á secar las pieles, y metiéndolas en el carro, tomó el camino de la villa inmediata, donde aquel día justamente se celebraba el mercado.

—¡Pielés vendo! gritaba Juanon, ¿quién quiere pieles?

Los zapateros y curtidores acudían á la voz.

—¿A cómo las pieles? preguntaban.

—Dos celemines de pesetas bien llenos, por cada una, contestaba gravemente Juanon.

Por de pronto todos creyeron que estaba borracho; pero luego que observaron que se sostenía de pié perfectamente, y que su voz era natural, empezaron á comprender que hablaba con formalidad.

—¿Estás loco? le dijeron; ¿crees que tenemos las pesetas á celemines?

—¡Pielas vendo! ¿quién compra pieles? continuaba gritando Juanon.

Y á todos los que le preguntaban el precio, seguia contestando.

—Dos celemines de pesetas bien llenos por cada piel.

—¡Se quiere burlar de nosotros! exclamaban los zapateros.

—¡Y de nosotros tambien! añadian los curtidores.

Y tomando los curtidores sus mandiles de cuero y los zapateros sus tirapiés, comenzaron á sacudir á Juanon de lo lindo.

Juanon pedia socorro. Entre los curiosos que acudían á sus voces, vino Nicolás; apenas reconoció su carro y sus caballos, cuando recordando que habia sido engañado por aquel á quien se los prestó, se puso á gritar:

—¡Ah bandido! ¡ah bribon! ¡ah vergante!

Y cayó tambien sobre Juanon, hartándole de porrazos con el mango del látigo.

Juanon pudo al fin escapar, dejando los dos caballos y el carro de Nicolás y las cuatro pieles suyas, y huyó de la villa á todo correr, aunque no tanto que no saliese cruelmente magullado.

—¡Bueno! dijo al entrar en su casa; pero juro que me la ha de pagar Juanin; yo le mataré.

La casualidad hizo que, miéntras meditaba Juanon su criminal proyecto, la madrastra de Juanin, que tenía más de 80 años, muriese en la alcoba inmediata á la de éste.

Muy cruel habia sido para el pobre Juanin: le habia maltratado, le habia golpeado, le habia condenado largas temporadas á pan y agua sin merecerlo; pero como éste tenia un corazon excelente, todo lo pasado no impidió que le afligiera mucho aquella muerte, por más que fuese de esperar, atendidas las navidades que contaba la madrastra.

Cogió Juanin á la vieja, la trasladó del lecho helado á su propia cama que estaba caliente, á fin de ver si este calor la volvia la vida, y despues se colocó en un rincon oscuro, sobre una

silla y se acomodó para dormir, á la manera que lo habia hecho muchas veces.

Se comprende que no dormiria muy profundamente, de lo cual resultó, que habiendo sentido abrir la puerta á mitad de la noche, se despertó y abrió los ojos.

Entónces vió una cosa horrible. Vió á Juanon, pálido y desencajado, que entraba de puntillas con una hacha en la mano.

Como sabia perfectamente dónde estaba la cama de Juanin, aunque en la alcoba no habia más luz que la de la luna, se fué derecho á aquella cama, y partió de un hachazo el cráneo de la madrastra, creyendo partir el de Juanin.

—¡Toma, dijo, no te volverás á burlar de mí!

—¡Qué hombre tan infame! pensó Juanin, ¡ha querido asesinarme! si mi madrastra no se ha muerto tan á tiempo, la deja ahora cadáver.

Durante el resto de la noche, como Juanin no queria, ó mejor dicho no podia dormir, meditó un plan que puso en ejecucion así que llegó el dia.

Vistió á la madrastra el traje de los dias de fiesta, ocultó bajo su mejor pañuelo la herida que Juanon la habia hecho en la frente, pidió un caballo al vecino de la izquierda, le enganchó á un carro que le prestó el vecino de la derecha, colocó á la madrastra apoyada en los adrales, á fin de que no pudiera caerse en el camino, y partió así hácia el bosque.

A media mañana se detuvo delante de una gran posada para tomar algun refrigerio. El posadero tenia mucho, mucho dinero, más dinero que Nicolás, más que el supuesto diablo. El padre de Juanin le prestó una cantidad de consideracion para ayudarle á fundar la posada, cantidad de que se le olvidó dar recibo al posadero. Muerto el padre, Juanin, que tenia noticia de la deuda, fué á reclamarla; pero el posadero puso la estremidad del dedo pulgar de la mano derecha en la punta de la nariz, y con los otros cuatro dedos, imitó el movimiento de rotacion de las aspas de un molino de viento, lo que en todos los paises del mundo quiere decir:

Vuélvase V. por donde ha venido.

Juanin no se dió por vencido y volvió á insistir; entónces el posadero hizo otro gesto diferente, no ménos espresivo que el primero, puesto que empleó las dos manos. Con la derecha agarró una estaca y con la izquierda le enseñó la puerta de salida.

Ahora bien; como Juanin le conocía perfectamente y sabia que era hombre muy violento, y cuya sangre parecia una tintura de pólvora y de tabaco del estanco, es decir, de veneno, y como no se sintió con fuerzas para luchar con él, tomó el camino que se le indicaba y desapareció.

Una docena de veces, despues de aquel día, volvió Juanin á ver al posadero; pero nunca le dijo una palabra, lo cual no impedia que hubiese grabado en su corazon el recuerdo del préstamo.

Ya hemos dicho que á media mañana se detuvo Juanin á la puerta de aquel hombre violento y de mala fé. Nuestro héroe entró alegremente en la posada.

—Buenos dias, Juanin, le dijo el posadero. ¡Diablo! que temprano andas de viaje; bien se conoce que no tienes un cuarto que perder, pobre muchacho.

—Es verdad, contestó Juanin, camino muy de mañana, porque llevo á mi madrastra á la villa. En cuanto á eso de que no tengo un cuarto, se equivoca V., y en prueba de ello, hé aqui una peseta; déme V. una botella de vino y dos vasos para que pueda beber un trago, y para que beba otro la buena mujer que traigo ahí.

El posadero examinó la peseta, viendo que era de recibo la metió en el bolsillo, dejando para más tarde la vuelta, y bajó á la cueva á buscar la botella pedida. Despues la destapó y llenó los dos vasos.

Juanin llevó el suyo á los lábios.

—¿Qué? le dijo el posadero ¿no llevas este otro á tu madrastra?

—Bueno, contestó Juanin; pero se me figura que V. tiene más sed que ella, Sr. Roque.

—La verdad es, repuso el posadero, que estoy sediento.

—Pues bien, el otro para V., añadió Juanin tocando su vaso medio vacío con el otro lleno.

—El posadero no esperó segunda invitacion. Le gustaba mucho beber el vino que vendia, cuando le pagaba otro; así es que cogió el vaso y le vació de un trago.

Le habeis pasado tan de repente, dijo Juanin, que no ha podido quitaros mucha sed; hé aquí otro, Sr. Roque. Y por segunda vez llenó el vaso, que el Sr. Roque vació, más despacio, pero no con ménos gusto. Los vasos eran enormes, de modo que no quedaba de la botella más que el casco.

—Vaya, dijo Juanin, en lugar de darme la vuelta de la pseta, id á buscar otra botella, ó mejor dicho dos, porque, sino me equivoco, guardándoos mi moneda me corresponden dos.

—¡Diablo! que bien sabes contar, chico, dijo el posadero.

—Cuando hay poca moneda, es preciso saber echar las cuentas.

—Bien dicho, Juanin, bien dicho, repuso el Sr. Roque, bajando á la cueva, de la cual salia un instante despues con dos botellas.

De estas dos botellas, el posadero se bebió todo el contenido, esceptuando un vaso; de suerte que la sangre se le subió á la cabeza y parecia que los ojos querian salirsele de sus órbitas. Al mismo tiempo apretaba los puños lanzando juramentos, y amenazas de que si alguno le tentara la paciencia, aquel alguno pasaria un cuarto de hora muy desagradable.

Pero Juanin estaba léjos de proponerse tentar la paciencia al Sr. Roque; no habia entrado á su casa para eso. Iba el posadero á apropiarse el último vaso que quedaba de la tercer botella, cuando Juanin le detuvo.

—¿Y la pobre vieja? ¿y mi madrastra, no ha de probarlo? creo que ya hace bastante tiempo que está esperando un vaso.

—Tienes razon, contestó el Sr. Roque acabando de vaciar la botella en el vaso; toma, llévasele.

—¡Caramba! repuso Juanin, fingiendo que se tambaleaba; ¿podrá V. creer que no quieren sostenerme las piernas? hága-

me V. el favor de llevársele, Sr. Roque, ya que es V. más firme que una roca.

— ¡Ah! pícaro holgazan, que pronto te das por vencido. Corriente; se le va á llevar su vaso de vino á la vieja, y si esto no la calienta, es prueba de que tiene un témpano de hielo en la barriga.

Y el Sr. Roque se fué á buscar á la vieja, que se mantenía muy tiesa en el carro.

— Tome V., abuela, la dijo; aquí tiene un vaso de vino que le envía el hijastro; trágasele y me dirá cosas buenas.

Pero la mujer no contestó palabra y permaneció inmóvil.

— ¡Eh! ¿no oye V? exclamó el posadero lo más alto que pudo. Digo, que aquí tiene V. un vaso de vino que la envía el hijastro.

Pero no porque aumentara la voz dejó la vieja de continuar sorda. Entónces el Sr. Roque repitió las mismas palabras, gritando todavía más alto, y como la buena mujer ni respondía, ni se daba por entendida, ni se movía,

— ¡Ah, vieja testaruda! exclamó Roque, yo te enseñaré á burlarte de mí.

Y la arrojó el vaso á la cabeza.

El golpe fué tan violento, que la mujer perdió el equilibrio y cayó en el carro cuan larga era.

— ¡Pícaro! gritó Juanin que había seguido de puntillas al posadero. ¡Asesino! tú has matado á mi madrastra; mira la herida que la has hecho en la frente.

Y le agarró por el pescuezo voceando:

— ¡Dáte preso! ¡dáte preso!

— ¡Qué desgracia! exclamó el posadero (cuya cabeza había empezado á despejarse) levantando las manos al cielo. De todo esto tiene la culpa mi genio maldito; pero no mi corazón. Es preciso que me perdones, amigo mio; ten en cuenta que era muy vieja, y que de todas maneras no habría tardado en morir de muerte natural.

— ¡Desgraciado! hubiera vivido doscientos años; ¿no ves

que estaba en la flor de su edad? ¡A la cárcel, á la cárcel!
— ¡Cállate, Juanin! cállate, dijo el posadero, y yo te daré un celemin lleno de pesetas.

— ¿Bien lleno? preguntó Juanin.

— Bien lleno, contestó el posadero.

— Pues bien; vete á traer el celemin, bien lleno de pesetas, dijo Juanin; pero en conciencia más que eso valia la vieja.

Y Juanin recibió del Sr. Roque un celemin de pesetas, bien lleno, haciendo despues enterrar con todo decoro á la madrastra.

El celemin de pesetas hacia más que doble de la suma prestada al Sr. Roque por el padre de Juanin, pero conviene tener en cuenta que devengaba intereses hacia diez años.

Cuando Juanin llegó á su casa, envió al mismo chico de la otra vez á casa de Juanon, para pedirle de nuevo que le cediese el celemin, porque tenia algo que medir.

— ¡Cómo! exclamó Juanon; ¡no le habré matado! Es preciso que vea qué significa esto.

Y él mismo llevó el celemin y vió sobre una mesa toda la plata que acababa de traer de casa del posadero.

— ¿Dónde has encontrado ese monton de pesetas? pregunto á Juanin abriendo unos ojos tamaños.

— Escucha, Juanon, dijo Juanin: creyendo matarme mataste á mi madrastra; yo lo cogí, y vendí la difunta por ese dinero que ves ahí.

— ¿Te han dado todo ese dinero por tu madrastra? preguntó Juanon pensativo.

— Sí, todo ese dinero; parece que las viejas se pagan caras este año.

— Bueno, se dijo Juanon en sus adentros; mi abuela es idiota, todo el mundo dice que Dios la haria un favor llevándosela cuanto ántes. Voy á matarla y á venderla.

Y Juanon se fué á su casa, cogió el hacha con que habia matado las cuatro mulas y la madrastra de Juanin, y partió la cabeza de su propia abuela; colocó el cuerpo en un carro y se fué derecho á casa del boticario de la villa más inmediata.

Detúvose delante de la tienda y, sin apearse, dió voces, diciendo:

—¡Eh! ¡señor boticario! ¡señor boticario!

El boticario estaba preparando un medicamento, y no pudiendo salir, contestó desde adentro:

—No puedo ahora; estoy ocupado; concluyo pronto.

Pero Juanon tenia prisa, se apeó del carro, entró en la botica y se metió en la trastienda.

—Bien venido, dijo el boticario, dirigiéndose á Juanon, ¿qué se ofrece?

—Vengo á venderos mi abuela.

—¡Tu abuela! y ¿para qué quiero yo semejante idiota?

—Ya no es idiota, contestó Juanon.

—¿Cómo que no?

—No; está muerta.

—Dios la ha hecho un gran favor á la pobre mujer!

—El favor se le he hecho yo.

—¡Cómo, tú!

—Sí; yo la he matado.

—¿Para qué?

—Para vender su cuerpo por un celemin lleno de pesetas.

—¡Un celemin de pesetas por el cuerpo de una vieja! tú estás loco.

—¡Toma! ese es el precio en que Juanin ha vendido el de su madrastra.

—Vaya, me estás contando un cuento.

—¡Un cuento!

—Sí; y da gracias de que sea un cuento, porque si como dices hubieras matado á tu abuela, sin contar con que no encontrarías quien te diera un céntimo por su cuerpo, la Guardia civil te echaria mano y te llevaria á la cárcel, el juez te formaria causa, el tribunal te condenaria, y el verdugo te daria garrote.

—¡Cómo! dijo Juanon, ¿cree V. que sucederia todo eso?

—Puntualmente; ¿no lo sabes?

—¿Se chanea V.?

—¡No es mala chanza!

—¿De veras?

—¡A fe de boticario!

—Tenia V. razon; todo ello no era más que un cuento.

Juanon se despidió atropelladamente, salió ligero de la botica, saltó al carro, partió á galope hácia casa, acostó á la abuela, desprendió sobre ella una piedra del techo haciéndola caer sobre la cabeza, y salió dando voces.

—¡Socorro! ¡socorro! que se ha caido una piedra sobre mi abuela.

Y como ningun interés, por infame que fuere, podia tener Juanon para matar á su abuela, que era pobre y por consiguiente no le habia de dejar herencia alguna, no se hizo investigacion sobre aquella muerte, muy natural por otra parte tal como la habia presentado el nieto. Pero cuando la llevaban á enterrar, Juanon repitió:

—¡Tú me pagaras ésto, Juanin!

Y aprovechando el momento en que todos los vecinos seguian el cuerpo de la abuela, cogió el saco más grande que pudo encontrar en su casa y se fué á la de Juanin.

—Nuevamente te has burlado de mí, amiguito, le dijo. La primera vez me hiciste matar mis cuatro mulas, la segunda me has hecho matar á mi abuela; pero ahora te tengo en mi poder, y no te volverás á burlar de mí.

Y cuando Juanin estaba más descuidado, le echó el saco por la cabeza, le hizo correr por el cuerpo abajo, le ató por la boca y se le cargó á la espalda, diciendo:

—Ahora encomienda tu alma á Dios, porque te voy á arrojar al rio.

El aviso estaba muy léjos de tranquilizar á Juanin, que por otra parte sospechaba ya no le habria metido Juanon en el saco para hacerle caricias.

Habia mucha distancia de la casa de Juanin al rio, y Juanin pesaba más que una pluma; como el camino pasaba al lado de una iglesia y Juanon oyó el canto de los fieles, resolvió aprove-

char la ocasion para rezar, y con este pretesto descansar un poco de la fatiga que le habia producido el saco. Depositóle cerca del átrio y entró.

Su imprudencia estaba justificada por la imposibilidad en que Juanin se hallaba de salir del saco, y por la completa soledad de las inmediaciones de la iglesia.

— ¡Ay, ay! suspiraba Juanin, volviéndose y revolviéndose en el saco, pero sin poder desatar la cuerda.

En esto acertó á pasar por allí un traficante en ganado, antiguo pecador que habia tenido una juventud muy tormentosa: decíase que su primera ocupacion fué la de cazador en Sierra Morena. Sólo que las opiniones estaban divididas sobre el género de caza á que se habia dedicado: los unos decian que á la caza menor, los otros que á cazar todo lo que pasaba por delante de él, animales y personas, tomando de los animales la piel y de las personas la bolsa. Por el momento habia renunciado á su antiguo oficio para consagrarse al tráfico del ganado; pero por honrada que fuese esta última ocupacion, fácilmente se conocia que el hombre tenia un peso sobre su conciencia y que cuanto más envejecia, mayor era el peso.

Pues bien; uno de los bueyes que llevaba, tropezó con el saco donde Juanin se hallaba, y le hizo rodar por el suelo.

— ¡Ay, ay! exclamó Juanin que creia llegada su última hora; soy aún muy jóven para entrar en el reino de los cielos.

— Y yo, miserable de mí, dijo el ganadero, soy demasiado viejo para que pueda entrar jamás.

— Quien quiera que tú seas, exclamó Juanin, abre el saco, ocupa mi puesto, y yo te respondo de que dentro de un cuarto de hora estarás en el reino de los cielos.

— ¡Ah! si pudiera darte crédito! dijo el bueyero.

— ¡A fé de Juanin! respondió el insaculado con un acento de convertido que no dejó la menor duda en el ánimo de su interlocutor.

El bueyero desató el sacó, ayudó á Juanin á salir de él y se

metió en su lugar, suplicándole que le atase bien encima de la cabeza para que no se notase la sustitucion.

Juanin hizo un verdadero nudo gordiano.

—¡Cuida del ganado! gritó el viejo desde el interior del saco.

—No te ocupes de eso, respondió Juanin, y se puso á guiar las reses conduciéndolas delante de sí.

Apenas habia dado vuelta á un recodo del camino, cuando salió Juanon de la iglesia y se echó el saco á la espalda. El viejo que era muy seco, pesaba una tercera parte ménos que Juanin.

—¡Calle! dijo Juanon, qué ligero se ha vuelto: pero es sin duda que la iglesia ha doblado mis fuerzas.

Caminó hácia el rio, escogió un sitio en que parecia ancho y profundo, y arrojó el saco con el ganadero, diciéndole:

—Anda, que esta vez no me volverás á engañar.

Y desde allí se volvió á casa por un atajo, que disminuia el camino cerca de media legua.

Resultó, pues, que de pronto vió delante de sí á Juanin, que obligado á seguir el camino más largo, por causa del ganado, llevaba delante de sí los bueyes, las vacas y las ovejas.

—¡Qué estoy viendo! exclamó Juanon estupefacto: pues qué, ¿no te has ahogado?

—Debes creer que no, respondió Juanin; es verdad que me arrojaste al agua, pero.....

—¿Pero qué?

—Pero apenas llegué al fondo del rio, cuando me encontré en medio de la pradera más magnífica del mundo.

—¡Oiga! dijo Juanon.

—No he concluido, continuó Juanin: una ondina vestida de azul, con una corona de rosas en la cabeza, me cogió de la mano y ayudándome á salir del saco, me preguntó:

—¿Eres tú, Juanin?

—Sí, señorita, respondí; pero aunque sea mala pregunta: ¿á quién tengo el honor de hablar?

—A una de las hijas del rey de las aguas, encargada de ofre-

certe de parte de mi padre ese hermoso rebaño que está ahí pastando tranquilamente, y además otras muchas cosas que te llenarán de admiración.

—¿Cuáles? preguntó Juanon, muerto de envidia.

—En primer lugar, el fondo del rio era un gran camino, por el cual iba y venia el pueblo del rio que se dirigia al mar, y el pueblo del mar que subia al rio. No se veían más que gente á pié, á caballo y en coche; los costados estaban llenos de árboles y flores; se andaba sobre yerba salpicada de florecillas azules; peces de todos colores; plateados, dorados, encarnados y verdes, nadaban y se deslizaban por la orilla, como los pájaros en el aire. ¡Ah, Juanon! no puedes formarte una idea del pueblo tan escelente y del ganado tan magnífico que allí se encuentra.

—Pero si todo es tan hermoso allá bajo, dijo Juanon, ¿por qué no te has quedado allí?

—Escúchame, contestó Juanin: lo que me ha llamado sobre todo la atención, ha sido la hija del rey de las aguas. Ahora bien: como se manifestaba tan amable y tan obsequiosa conmigo, me atreví á preguntarla si queria ser mi esposa. Me contestó que con mucho placer, pero que era preciso que llevara mis papeles en toda regla. Era muy justo, y le dije que iba inmediatamente á buscarlos, á lo cual me respondió:

—Pues bien; para que tus parientes crean lo que les digas, llévalas ese rebaño, repártesele y diles que es un regalo de tu futura.

—Entónces me puse en marcha conduciendo el rebaño que ves, para recoger mis papeles y casarme con la hija del rey de las aguas. No me detengas más, Juanon, porque ya debes comprender que estoy de prisa: si cayera al agua un muchacho más guapo que yo, podria enamorarse la hija del rey y casarse con él. Bien conoces que eso seria perder un escelente matrimonio. Verdad es que podria agarrarme á una de sus hermanas.

—¿Tiene hermanas? preguntó Juanon.

—Ocho. Son nueve las hijas del rey.

—¡Bien puedes decir que has nacido de pié! exclamó Juanon. Juanin se manifestó un tanto orgulloso, pero no contestó.

—Dime, repuso Juanon, y ¿si á mí me tiraran al rio, crees tú que me casaria con una hija del rey de las aguas?

—¡Oh! no lo dudo, dijo Juanin, porque tú eres todavía mejor mozo que yo.

—Pues bien; hazme un favor, Juanin.

—El que quieras.

—Como yo sé nadar, si me tirara sólo al agua, puede ser que no me fuera al fondo.

—Ciertamente; es probable.

—Méteme en el saco y échame al agua.

—Con mucho gusto, pero pesas demasiado, y no podré llevarte hasta el rio, como tú has tenido la bondad de hacer conmigo.

—Irémos á pié hasta el puente.

—Voy á perder mucho tiempo, Juanon, dijo Juanin haciendo como que vacilaba.

—Sí, pero harás un favor á un amigo.

—Es verdad, contestó Juanin, y eso me decide: ¡Ah! pero oye.

—¿Qué?

—No vayas á hacer el amor á mi futura.

—¿Cómo se llama?

—Se llama, Coralina.

—Bien; no tengas cuidado.

—¿Me das tu palabra?

A fé de Juanon.

—En ese caso, vamos, dijo Juanin; pero despachemos pronto.

—No seré yo quien te retrase, repuso Juanon, apresurando el paso en direccion al puente.

—Ahora se me ocurre que es imposible, dijo Juanin.

—¿Por qué imposible?

—¿Por qué? porque he olvidado el saco en el fondo del agua, y como tú sabes nadar, no llegarás jamás al fondo, y es preciso

llegar hasta él para encontrar á las hijas del rey de las aguas.

— Hay un medio.

— ¿Cuál?

— Átame una piedra al pescuezo.

— Sí; pero con las manos desatarás la piedra.

— Tienes razon!

— Discurramos.

— Escucha, átame las manos á la espalda.

— Justamente, dijo Juanin.

— La hija de rey de las aguas me las desatará.

— ¡ Ah! exclamó Juanin moviendo la cabeza, y dando un suspiro, está visto que tienes más ingenio que yo, Juanon.

— Siempre he tenido esa idea, contestó éste con una sonrisa de vanidad. Vamos, vamos, átame las manos y pónme una piedra al pescuezo.

— Tú eres quien me lo pide, ¿ no es verdad?

— Ya lo creo que soy yo quien te lo pide.

— ¿ No harás el amor á Coralina?

— Me guardaré muy bien, dijo Juanon con una sonrisa astuta.

— Pues bien: puesto que eso te acomoda, mi pobre Juanon!, no puedo negarte nada.

Y le lió las manos á la espalda, y le ató una piedra al pescuezo, despues de lo cual Juanon subió por sí mismo al parapeto del puente.

— Ahora empújame, dijo Juanon.

— ¿ Tú lo quieres?

— Dále! no te he dicho que sí.

— Pues bien; entónces, buen viaje, dijo Juanin.

Y empujó á Juanon, que cayó con estrépito en el rio, y que no ha vuelto á aparecer jamás.

En cuanto á Juanin, ¡ volvió á casa con su rebaño, se hizo rico y se casó, no con Coralina, la hija del rey de las aguas, sino con Margarita, la muchacha más guapa que habia en diez leguas á la redonda.

¿ Qué se deduce de esta historia? Que la riqueza no basta

pára medir á las personas, porque frecuentemente el pobre Juanin, vale mucho más que el rico Juanon: Que la envidia, sobre ser un vicio feo, es un manantial de desgracias; y el mal recae siempre sobre el que quiere causarle.

FUEGO Y HIELO.

Era la noche de Navidad; ¡qué frío hacía! tras de la nieve habia venido la helada; tras de un dia cruel, una noche más cruel aún.

Bien podrian conocer hasta los que iban en coche lo desagradable de la temperatura, si la gasa que empañaba los cristales permitiera observar la escasez de gentes que transitaban por las calles, lo mucho que se cubrian y el paso precipitado que por añadidura llevaban.

Al principio de esta noche tan cruda, atravesaba la Puerta del Sol una pobre niña como de diez á doce años.

Si la hubiérais visto cuando acertaba á pasar por debajo de los faroles, que tienen la pretension de alumbrar la coronada villa, de seguro la habríais reconocido. Es imposible que no hayais tropezado con ella por las calles de Madrid, y es imposible tambien, que habiendo tropezado con ella, no os llamaran la atencion aquellas facciones delicadas, aquel contorno puro y suave, aquellos ojos negros llenos de espresion, aquella boca

en que se dibujaban los pliegues del candor y la bondad, aquellos dientes pequeños é iguales, que brillaban cuando pasaba por delante de las luces, como brillan las conchas de nácar en la orilla del mar cuando las hieren los rayos del sol, aquella blancura, en fin, un poco tomada por la accion de la intemperie, con el color que toma el mármol, expuesto durante siglos á la accion de los vientos y las lluvias.

¿A dónde iba á tales horas aquella criatura, sóla, mal vestida y temblando de frio?

Poco tardó en llegar al sitio que buscaba. Detúvose en una esquina, apartó con los piés el lodo helado, trazando un círculo como de medio metro, se sentó en el suelo, descubrió la mitad de una caja que llevaba colgada del cuello cubierta con el manton viejo y raído que la servia de abrigo, y con voz clara y dulce, empezó á gritar:

— Cien cerillas por dos cuartos!

Entre grito y grito la pobre niña cambiaba de posturas, buscando sin duda una más abrigada que las otras: pero ¡qué postura hay buena para mitigar el frio, cuando no se tiene más abrigo que el que ella tenia! El pañuelo de algodón que cubria su cabeza, estaba mojado como si le acabaran de sacar del rio, y las trenzas y mechones de cabellos castaños y finos que se escapaban del pañuelo, cayéndola por el cuello, habian adquirido con el rocío de la helada la rijidez de la cerda; mojado tambien estaba el roto manton, cuyos picos colgaban por la cintura y más mojado y más roto todavía el remendado vestidillo de percal que ceñia el cuerpo de la fosforera. En vano trataba de cubrir con él los piés enteramente desnudos; ya no la quedaban ni los zapatos viejos que debia á la caridad de quien tenia doble pié que ella: el uno habia desaparecido enterrado en un lodazal; el otro la habia abandonado al atravesar una calle por entre dos lujosos carruajes que la cruzaron á la carrera, y que estuvieron á punto de cojerla entre las ruedas.

— Cien cerillas doy por dos cuartos! seguia gritando la pobre fosforera: de carton y de cerilla, á escojer, á dos cuartos!

Pero la Noche buena era noche bien mala para la vendedora; ó todo el mundo estaba provisto de fuego, ménos ella, ó nadie queria por no tomar frio detenerse á comprar fósforos: lo cierto es que al cabo de una hora, ni habia vendido una caja, ni habia recojido un cuarto.

Mucho frio y mucha hambre sentia la pobre niña; mucha luz veia salir por los balcones y mucho humo por las chimeneas de las casas; muchos criados pasaban delante de ella con manjares de todas clases; muchos celebraban la Noche buena, muchos tambien sufrían la noche mala!

La hora de salida de los cafés y de entrada en los teatros habia pasado, sin que la fosforera cambiase su mercancía por moneda alguna; el frio se apoderaba de ella por momentos: si se atreviera á volverse á la buhardilla donde vivia! pero cómo, sin llevar cuando ménos la peseta que la obligaban á recaudar todas las noches? Si viviera su madre! De la madrastra no tenia que esperar compasion, la maltrataria infalible y duramente en cuanto la viera entrar con las cajas que la habia entregado y sin la peseta en el bolsillo.

Hé ahí las reflexiones que cruzaban por aquella imaginacion infantil, en los intervalos del grito, cada vez más débil y apagado, de—Cien cerillas por dos cuartos!»

Pasaban las horas sin que nadie se le acercase; ya no habia fumadores en el mundo; pasaban las gentes riendo y cantando, y la fosforera lloraba; pasaban los borrachos con la cabeza caliente y la fosforera se moria de hambre y frio!

De pronto se la ocurrió una idea.

Tenia los piés y las manos como pedazos de hielo, y llevaba el fuego en la caja puesto á la cintura!

¡Qué consuelo le daría un fósforo si se atreviera á encenderle! ¡cómo la calentaría los dedos!

Por fin se decidió; sacó uno y le rozó con la caja: ritch! qué luz y qué calor el de la cerilla; qué alivio sintió cubriéndola con la mano! qué claridad tan hermosa y tan caliente se escapaba por entre los dedos!

Parecióla á la pobre niña que estaba sentada delante de una gran chimenea, llena de carbon de piedra, cuyas brasas se reproducian muchas veces en los adornos dorados que sostenian la repisa: brillaba tanto aquel magnífico fuego, calentaba tan bien, que ya se disponia la fosforera á extender los piés sobre los morrillos, cuando se extinguió la llama, desapareció la chimenea y se encontró sentada sobre el lodo de la esquina, con la puntita de una cerilla abrasada en la mano.

Poco habia durado el fósforo y encendió otro, que estalló y brilló dando á la pared que formaba la esquina la transparencia de un cristal. La niña podia ver como si estuviera dentro de la casa un lujoso comedor, con una gran mesa cubierta de porcelana fina, de brillante cristalería, de ricos candelabros dorados, de ramilletes de flores y de excelentes manjares. ¡Qué cena aquella! Solo en casa de los amos de su madre habia visto la fosforera una mesa semejante: ¡qué perfume tan delicioso despedia una ave asada que empezaba á trinchar el criado!

Pero ¡oh sorpresa! ¡oh felicidad! de repente el ave salta de la fuente con el trinchante clavado, rueda por el suelo y va á parar junto á la cabeza de la hambrienta niña... La cerilla se apaga y de todo aquello no queda más que la esquina de piedra y el frio de la helada.

Aun se atreve á encender el tercer fósforo: el viento del Norte se lo apaga; pero la niña vé no una luz, sino infinitas, tantas como las estrellas que se distinguen en el cielo: la cerilla con la cabeza hecha brasa se le cae de la mano y exclama:

—Una estrella ha caido del cielo, y cuando cae una estrella, dicen que es señal de que baja un alma á ver á quién más quiere de los que dejó en el mundo.

Entónces coje dos, tres, seis cerillas, y las enciende juntas, y se produce una gran luz, en medio de la cual ve la hija delante de sí á su madre, que la contempla con infinita ternura.

—Madre mia! exclama la niña sollozando, llévame contigo; yo sé que cuando las cerillas se apaguen desaparecerás, como desapareció el calor de la chimenea; como desapareció el ali-

mento que estuvo junto á mi. Llévame contigo, madre mia!

Y la hija encendió á un tiempo todas las cerillas de la caja, temiendo que su madre se fuese sin llevarla: la caja dió una luz más clara que la del día; la hija vió á su madre distintamente como cuando estaba viva y la estrechaba en su seno...

La caja se apagó.

A la mañana siguiente, un hombre que pasaba por la calle encontró recostada en la esquina á la niña de los fósforos; tenia las mejillas encendidas, y en la boca la expresion de una dulce sonrisa.

El hombre la llamó, y no contestó: la cojió por un brazo y no se movió.

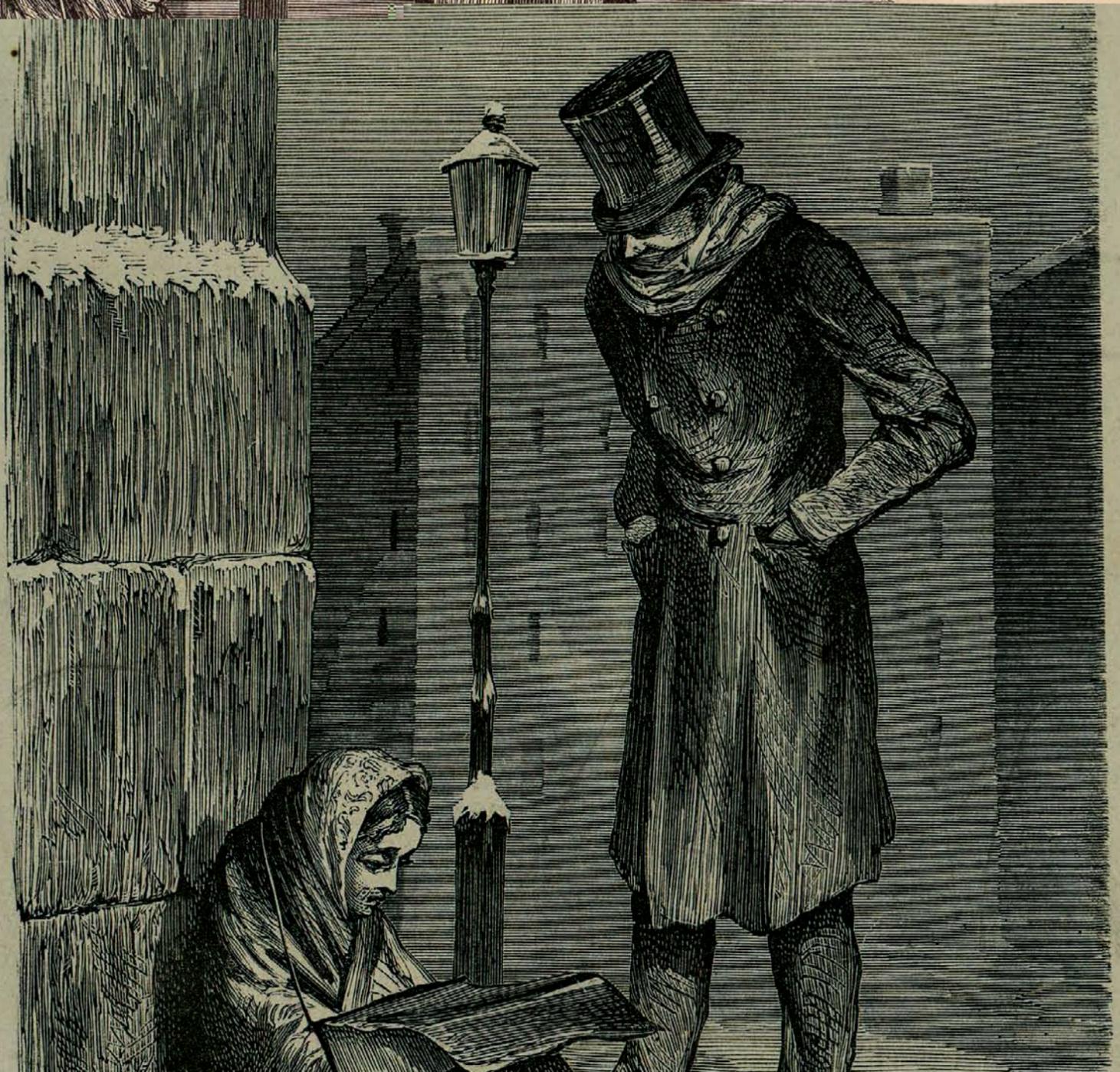
—Pobre chica! dijo el hombre, se ha dormido, y la helada del amanecer la ha matado.

Colgado del cuello conservaba el cajon lleno de fósforos; sobre las rodillas una caja de cerillas vacía, cuyo carton estaba carbonizado.

¿Qué habia sido aquello? ¿sueño ó realidad?

Realidad habia sido para la pobre niña la Noche buena: ya no volvereis á tropezar con ella en las esquinas; ya no la maltratará la madrastra; el cadáver no fué á la buhardilla y quedó libre de llevar la peseta. Sueño habian sido las brasas de la chimenea, el olor del ave, la caída de la estrella, la aparicion de la madre: si ella hubiese visto á su hija, con un beso la habria dado calor, alimento, luz y vida.

Cuando encendais con un fósforo la chimenea, acordaos de los que se hielan por vender el fuego: cuando os senteis á comer, acordaos de los que se mueren de hambre.





1911-1912

EL SOLDADO DE PLOMO

Y

LA BAILARINA DE PAPEL.

Habia una vez veinte y cinco soldados, todos gemelos, fundidos con el metal de una cuchara vieja de plomo. Todos tenían el arma al brazo y la cara al frente, mirando al enemigo; su uniforme era magnífico: azul, con vueltas encarnadas.

Las primeras palabras que oyeron, cuando se levantó la tapa de la caja en que estuvieron encerrados desde el día mismo de su aparición en este mundo, y de la cual no habían salido desde entonces, fueron las siguientes:

— ¡Oh! ¡Qué soldados tan bonitos!

Las pronunciaba un muchacho á quien acababan de hacer aquel regalo, por ser el día de su santo; Julio, que así se llamaba el chico, saltó primero de alegría, batió palmas en seguida y después los formó en línea sobre una mesa.

Todos los soldados se parecían como otras tantas gotas de plomo, no solamente en el uniforme, sino también en la fisonomía. Ya hemos dado la explicación de esta semejanza, diciendo

que eran gemelos: uno solo se diferenciaba de sus compañeros, porque no tenía más que una pierna.

De pronto creyó el chico que habría perdido la otra en alguna de esas grandes batallas que se dan los soldados de plomo; pero examinado detenidamente el muñón del pobre lisiado por un médico muy sábio, amigo de la casa, declaró que el soldado era cojo de nacimiento, que si no tenía más que una pierna, era porque habiendo sido fundido el último, no le había alcanzado todo el metal necesario.

Esto no constituía una desgracia absoluta; el soldado se sostenía tan bien sobre su única pierna, como los otros sobre las dos.

Ahora bien; justamente de ese militar incompleto, es de quien vamos á ocuparnos.

Además de la caja de soldados de plomo, había sobre la mesa otros juguetes, porque Julio tenía una hermana que se llamaba Mercedes, y para no darla envidia, el día en que se celebraba el santo de su hermano, había juguetes para ella, y vice-versa.

Entre estos juguetes, el que primero atraía la vista era un lindo palacio de carton, con cuatro torres en los cuatro ángulos, cada torre coronada por una veleta para indicar de qué parte venía el viento; los balcones estaban abiertos de par en par, de modo que se podía ver cómodamente el interior de las habitaciones. Delante del palacio había varios árboles formando grupos, cerca de ellos un espejito cortado irregularmente y posado de plano sobre la yerba, figurando un lago limpio y trasparente, en el cual nadaban y se miraban cisnes de cera blanca. Todo aquello, en suma, era lindo y gracioso hasta el último extremo.

Pero más graciosa, más cuca aún, parecía una señorita que estaba de pié en la puerta principal. La tal señorita era de cartulina; tenía un vestido de gasa blanco, una cinta azul á guisa de chal, y en la cintura una rosa magnífica, casi tan grande como su cara.

— Bien, dijo Julio, aquí tengo un soldado inválido que no sirve para nada y que disuena en la compañía; voy á ponerle

de centinela delante del palacio de Mercedes: y haciéndolo como lo dijo, el soldado de plomo se halló cara á cara con la señorita de papel.

La señorita era una bailarina que á mitad de un paso se habia quedado con los brazos estendidos y una pierna en alto, porque se la enredaron en el pelo los cordones de un zapato; de tal modo conservaba aquella hábil artista adherida la pierna al cuerpo, que no distinguiéndola el soldado, creyó á la dama coja como él.

— Hé ahí la mujer que me conviene, se dijo á sí mismo; pero por desgracia es una gran señora, que tiene un palacio, mientras que yo vivo en una caja, y aun en esa caja somos 25: no es habitacion conveniente para una dama principal; contentémonos con mirarla, sin permitirnos declararle nuestros sentimientos.

Y fijo en su puesto, miró con toda atencion á la señorita, que siempre en la misma postura, continuaba sosteniéndose sobre una sola pierna, sin perder un instante el equilibrio.

Cuando llegó la noche y vinieron á buscar á Julio para llevarle á la cama, metió todos los soldados en la caja, dejando, por descuido ó con intencion, de centinela al inválido.

Peró si fué con intencion y por desprecio al cojo, el chico se equivocó de medio á medio. Jamás soldado de carne y hueso se vió más contento que nuestro soldado de plomo, cuando advirtió que no le relevaban y que podia pasar toda la noche contemplando á la bella bailarina.

Su solo temor era que no hubiese luna; encerrado hacia tanto tiempo en su caja, ignoraba en qué día del mes vivia. Esperó, pues, con ansiedad.

A cosa de las once, en el momento en que todo el mundo estaba acostado en la casa, apareció la luna y envió su rayo de plata á través de la ventana; entónces la señorita de papel, que por un instante se habia perdido en la oscuridad, reapareció más bella que nunca, porque esta claridad nocturna, favorecia admirablemente á su rostro.

—¡Ah! dijo el soldado de plomo, creo es aun más bella de noche que de día.

Dieron las doce en un reló de música que habia sobre la mesa, y al sonar la última campanada, empezó á tocar una contradanza. Entónces, á la primera nota, la bailarina comenzó por desprender la pierna que tenia sujeta al pelo por los cordones del zapato, despues con un esfuerzo levantó la otra del suelo y acometió un paso que parecia compuesto por el maestro de baile de la Silfides en persona.

Durante este tiempo, el soldado de plomo, que no perdía una sola de aquellas piruetas, de aquellos pasos batidos, de aquellas vueltas de pierna de la bailarina, oyó á sus compañeros que hacian todo género de esfuerzos para levantar la tapa de la caja; pero el chico los habia encerrado tan bien, que no pudieron lograrlo, y el bienaventurado centinela fué el único que pudo gozar hasta el entusiasmo, del talento de la encantadora artista.

Era, ciertamente, la primera bailarina que ha existido jamás. Segun todas las probabilidades, debia ser á la vez discípula de Taglioni y de Essler. Elevábase como la primera; y cuando era necesario, bailaba como la otra; de manera que, el pobre soldado de plomo, vió lo que aún no ha sido dado ver á ninguna vista humana; es decir, una bailarina que pudiera bailar en la misma noche la cachucha del *Diablo Cojuelo*, y el paso de la superiora de monjas en *Roberto el Diablo*.

El soldado de plomo no se habia movido de su puesto; él era, mientras la encantadora hada, ligera como un pájaro, parecia no esforzarse en lo más mínimo; él era quien tenia la frente bañada de sudor. Es verdad que la bailarina parecia haberle hecho los honores de sus pasos más levantados, y alguna vez, como prueba del gran interés que le demostraba, habia casi rozado la nariz del centinela con la punta de su pieccecito rosado.

Pero en medio de esta satisfaccion inaudita que acababa de experimentar el pobre centinela, disfrutando de un baile exclusivamente para él, acababa de recibir un gran desengaño.

Reconocia su error primitivo; la bella jóven tenia dos piernas;

y habiendo desaparecido la semejanza con la cual contaba él para acercarse á la señorita, se encontraba alejado de ella á mil millones de leguas.

Por la mañana, los chicos, muy contentos con la idea de volver á contemplar sus juguetes, se levantaron casi al ser de día. Hacia un tiempo magnífico, y el muchacho decidió que sus soldados de plomo pasarían revista sobre la ventana.

Durante tres horas, los hizo ejecutar toda especie de evoluciones.

A las ocho llamaron para desayunarse.

Como se hablaba mucho en el país de una invasión de facciosos, temió que su tropa fuese sorprendida, y colocó al soldado de la vispera (de cuya vigilancia habia quedado contento por haberle encontrado en el mismo sitio en que le puso) de centinela perdido, es decir, lo más cerca posible de la orilla de la ventana.

Mientras que el muchacho se desayunaba, sea que una corriente de aire se llevara al centinela, sea que colocado demasiado cerca de la orilla el pobre lisiado tuviese un vértigo, y mal seguro sobre su pierna, no pudiera contenerse, sea, en fin, que los facciosos, que se temían le sorprendieran, cuando ménos lo pensaba, el centinela fué precipitado cabeza abajo desde el tercer piso.

Era una caída horrible.

Sólo un milagro podia salvarle; el milagro se realizó.

Como aun en medio de su desgracia el militar no habia soltado el arma, cayó sobre la bayoneta de su fusil.

La bayoneta se clavó entre dos piedras, y el soldado quedó con la cabeza abajo y la pierna á lo alto.

La primera cosa que notó el chico al volver al cuarto despues de su desayuno, fué la desaparicion del soldado puesto de centinela perdido.

Pensó juiciosamente que debia haber caído por la ventana; llamó á Pepina la niñera de su hermana, bajó con ella, y se puso á buscar al pié de la ventana.

Poco faltó para que dos ó tres veces uno ú otro de los buscadores pusieran la mano ó el pié sobre el soldado de plomo; pero se hallaba justamente en la posicion en que presentaba ménos superficie y ni uno ni otro le vieron, por mas atencion que pusieran en sus investigaciones.

Solo con que el soldado hubiera dado gritos diciendo:—aquí! estoy aquí!—le habrian encontrado, y reunido á sus camaradas, lo que hubiese evitado bien de desgracias.

Pero, sin duda, rígido observador de la disciplina, juzgó que no era conveniente hablar estando sobre las armas.

Gruesas gotas de lluvia comenzaban á caer; formábase en el cielo una tempestad terrible; el chico, como hábil general, pensó que valia más abandonar un soldado estropeado, á quien su caída desde un tercer piso no debia haber devuelto la pierna, que esponer á una inundacion y á una tronada, una compañía de 24 hombres, uniformados de nuevo y en estado de entrar en campaña.

Subió al tercer piso, diciendo á la niñera de su hermana que le siguiese, lo cual se apresuró ella á hacer; recogió los 24 soldados, los guardó en la caja, cerró la ventana para que no entrase la lluvia, corrió las cortinas para evitar la claridad de los relámpagos, y dejó que la tempestad se desahogara contentándose, por toda reflexion, con gritar al paso á su hermana:

—Qué aire tan triste tiene tu bailarina, ¿si estará enamorada de mi soldado de plomo?

—No digas disparates! contestó Mercedes; ¡habia de escoger al cojo justamente!

—Quién sabe! replicó Julio con una filosofía superior á su edad; ¡son tan caprichosas las mujeres!

En esto le llamaron para que fuese á dar la leccion.

Volvamos al soldado de plomo.

Habia estallado la tormenta. Llovía á cántaros; el soldado de plomo recibia la lluvia cabeza abajo, fijo como estaba entre dos piedras, por la punta de su bayoneta.

La lluvia fué una gran fortuna para él; en la posicion en que

se encontraba, sin esta frescura hubiera tenido de seguro una congestion cerebral.

La tormenta pasó, como todas las tormentas; despues vino el tiempo sereno. Dos pilluelos se pusieron á jugar á la rayuela, y una de las chapas fué á caer junto al militar clavado en el suelo.

Al levantarla, el pilluelo levantó al soldado de plomo, y le puso de piés ó más bien de pié.

No se habia movido, á pesar de su amor por la bailarina de papel, á pesar de su noche en vela, á pesar de su caida del tercer piso.

Estaba siempre sobre las armas, con la vista fija, á diez pasos de distancia.

— Es preciso embarcarle, dijo uno de los pilluelos.

La cosa era fácil; los arroyos se habian convertido en verdaderos rios. No faltaba más que un barco; el primer pedazo de papel que cogieron bastaba para el objeto.

Entraron en casa de un tendero, y le preguntaron si querria darles un papel.

Hallábase, pues, en un momento de buen humor; fué generoso, y dió á los pilluelos un periódico.

Inmediatamente confeccionaron un barco; le botaron al arroyo, con el soldado de plomo á la popa, siendo á la vez capitan, teniente, contramaestre, piloto y tripulacion.

El barco partió, balanceándose como un buque de alto bordo; los dos pilluelos le acompañaban, corriendo y aplaudiendo.

Por lo demás, el barco, á pesar del rápido curso del rio, sobre el cual se deslizaba, marchaba admirablemente, subiendo y bajando con la ola, navegando en medio de los tropiezos de toda especie que flotaban aquí y allá, salvando las rocas de la orilla, todo ello sin barar, sin zozobrar, sin hacer siquiera agua.

En medio de este trastorno, el soldado de plomo se mantenía delante con el arma al brazo, firme en su puesto, sin aparentar incomodarse con el movimiento de las olas, como si hubiese navegado toda su vida.

Unicamente cuando el barco viraba de bordo, lo cual le sucedia algunas veces cuando encontraba un remolino, se le veia lanzar una rápida y melancólica mirada hácia la casa en que dejaba lo que más queria en el mundo.

El arroyo iba á lanzarse al rio, el barco se lanzó al rio con el arroyo.

Una vez allí los pilluelos, se vieron obligados á abandonarle, siguiéndole con la vista hasta que desapareció bajo el arco de un puente.

El arco de este puente, proyectaba una oscuridad tal, que á no ser por el movimiento del barco, el soldado de plomo hubiera podido creerse encerrado en su caja.

De pronto oyó que le gritaban:

—Eh! el del barco, acá.

Pero en lugar de obedecer, el barco seguia su camino.

—No teneis nada que declarar? preguntó la misma voz.

Esta segunda pregunta, no tuvo mas contestacion que la primera.

—Ah! contrabandista maldito, gritó la misma voz, vas á hábertelas conmigo.

En este momento el barco viró de bordo, y el soldado de plomo vió un gran raton de agua que se echaba á nado para perseguirle.

—Detenerle! detenerle! gritaba el raton, no has pagado los derechos.

Y seguia al barco rechinando los dientes y gritando á las astillas y á los tarugos que iban en la misma direccion que él.

Por dicha ó por desgracia, pues tal vez hubiera sido fortuna para el soldado de plomo, no tenia nada que temer de la detencion de los aduaneros, por dicha ó por desdicha, la corriente era tan rápida, que el barco se encontró bien pronto, no solo fuera del alcance del raton, sino de su voz.

Pero el navegante no salia de un peligro, mas que para entrar en otro.

Oía de léjos ruido como el de una catarata, á medida que

avanzaba el ruido era más fuerte, á medida que el ruido aumentaba, la corriente crecía en rapidez.

El soldado de plomo, que no habia salido jamás de su caja, no conocia los alrededores de la ciudad.

Sin embargo, este ruido creciente, esta rapidez doblada, todo, y especialmente los latidos de su corazon, le indicaban que estaba próximo un Niágara cualquiera.

Por un instante tuvo la idea de lanzarse al agua y de ganar la orilla; pero la orilla estaba distante y él nadaba como un soldado de plomo.

El barco continuaba avanzando como una flecha; solamente que á medida que una flecha se acerca á su destino, va más lentamente; y á medida que el barco se aproximaba al suyo, iba más ligero.

El pobre soldado se sostenia tan firme y tan derecho como podia, y nadie le echará en cara haber guiñado el ojo, por grande que fuese el peligro.

El agua se convertia en verde y trasparente; no era el barco el que parecia avanzar, sino la orilla la que parecia huir; los árboles corrian desmelenados, como si espantados del ruido, quisieran alejarse de la cascada lo más pronto posible; la celeridad del barco era para dar un vértigo al que tuviera la cabeza más fuerte.

Fiel á sus deberes, el valiente soldado de plomo no quiso que nunca pudiera acusársele de haber abandonado su arma, y estrechó más fuerte que nunca el fusil sobre el pecho.

El barco giró otras dos veces sobre sí mismo y comenzó á hacer agua.

El agua subió rápidamente; al cabo de 10 segundos el soldado la tuvo hasta el cuello; el barco se hundia poco á poco, habia perdido casi por entero su forma y se parecia á una balsa; el agua pasó por cima de la cabeza del soldado de plomo.

Sin embargo, subió á la superficie y el soldado volvió á ver aun el cielo, las orillas del rio, el paisaje, y delante de él el golfo espumoso.

En este momento supremo, por rápido que fuese, pensó en su pequeña bailarina de papel, tan bonita, tan ligera, tan mona.

De repente sintió que se inclinaba hácia adelante; el barco se desgarró bajo sus piés, y el navegante se vió precipitado al abismo, sin tener siquiera tiempo de decir ¡ouf!

Un enorme sollo que tendía el pico con la esperanza de que le cayera alguna cosa de lo alto, le recibió en su garganta y le tragó.

En el primer momento, hubiera sido imposible al pobre soldado de plomo darse cuenta de lo que habia pasado, ni decir dónde estaba; lo que sentía era que se hallaba con mucha incomodidad acostado sobre las costillas.

De tiempo en tiempo, como si se entreabriese una lucerna, llegaba hasta él una luz dudosa, y veía cosas, cuya forma le era completamente desconocida.

Se hallaba agitado por un movimiento rápido y brusco, que poco á poco le hizo pensar en la posibilidad de que estuviese dentro del vientre de un pescado.

En el momento en que le ocurrió esta idea, se orientó y comprendió que, esa especie de relámpagos que llegaban hasta él, eran la luz del día que penetraba en las cavidades torácicas del pez, cuando abría sus agallas para separar el aire del agua; al cabo de un cuarto de hora ya no dudó.

¿Qué hacer en tal apuro? ¿qué partido podía tomar? Bien se le ocurrió abrirse camino con ayuda de la bayoneta; pero si tenía la desgracia de romper la vejiga natatoria del pez, éste, que no podía hacer ya la provision de aire, con ayuda de la cual sube á la superficie del agua, caería al fondo del río y, ¿qué sería entónces de él, encerrado en un cadáver?

Valia más dejar vivir al pez; por poderosos que fueran los jugos gástricos del cetáceo, era probable que no lograsen digerir al soldado, sobrevendría, ciertamente, una incomodidad para el pez, que al cabo de dos ó tres días acabaría por arrojarle.

Habia un precedente: Jonás.

En el momento en que tuvo la certeza de que estaba dentro

de un pez, el naufrago no se admiró de nada. Todo se lo explicaba; los movimientos rápidos á derecha y á izquierda; las bajadas al fondo del agua; las subidas á la superficie: segun su cálculo pasó así 24 horas.

De pronto el sollo se entregó á sobresaltos espantosos, de que nuestro héroe procuró en vano darse cuenta: era preciso, ó que hubiese ocurrido algun accidente grave, ó que fuese agitado por una pasion violenta: se retorcia, sacudia la cola, y por espacio de algunos instantes, el soldado, acostado hasta entónces, se encontró en una posicion vertical.

El sollo era arrastrado fuera del agua, por una fuerza superior á la suya, y á la que en vano trataba de resistir.

El sollo sostenia una cuestion desagradable con un anzuelo; en la manera más difícil con que respiraba, en la más fácil con que lo hacia el soldado de plomo, conoció que era sacado fuera de su elemento. Durante una hora ó dos, hubo aun lucha entre la vida y la muerte: la vida fué vencida al fin, y el animal quedó inmóvil.

Mientras la agonía, el sollo habia sido transportado de un sitio á otro; pero dónde? el soldado de plomo lo ignoraba completamente; de pronto, un relámpago penetró hasta él; vió luz y oyó una voz que decia, con el acento de la admiracion:

— ¡Calla, el soldado de plomo!

La casualidad habia llevado al viajero á la misma casa de que salió, y esta exclamacion, era de Pepina, la niñera de Mercedes, que asistia á la abertura del pescado y que reconocia al que en vano habia buscado la víspera en la calle, con el chico de la casa.

— ¿Cómo diablos, dijo la cocinera, puede hallarse en el vientre de un pez el hombre de plomo del señorito Julio?

Nadie podia responder á esta pregunta mas que el soldado de plomo; pero se calló; desdeñando sin duda entablar conversacion con criadas.

— Ah! dijo la niñera, el señorito Julio se va á volver loco de contento.

Y colocando al soldado de plomo en el fregadero, le limpió, cosa de que tenia gran necesidad, y le volvió á colocar sobre la mesa de la sala.

Todas las cosas estaban como el soldado de plomo las habia dejado. El reló de música en su sitio, los veinticuatro soldados vivaqueaban en un bosque de árboles pintados de colorado, con el follaje rizado y puntiagudo; en fin, la bailarina de papel estaba siempre á la entrada principal; no puesta ligeramente sobre las puntas de los piés, sino descansando á plomo en ellos, y como si aun de esta manera no la pudieran sostener, apoyada por añadidura contra la puerta.

Además, se conocia que habia llorado mucho; tenia los ojos horriblemente hinchados y estaba pálida como si se fuera á morir.

El pobre soldado se sintió tan conmovido al verse en aquella situacion, que tuvo intenciones de arrojar léjos de sí chacó, fusil, saco y cartuchera, para caer á sus piés.

En el momento en que deliberaba si lo haria y trataba de vencer su timidez natural, con toda clase de razonamientos interiores, la niña entró en la sala y le vió.

— ¡Ah! eres tú, dijo, inválido malo, que has tenido la culpa de que mi bailarina de papel llore toda la noche, y que esta mañana se halle tan débil que no pueda sostenerse sobre las rodillas; toma, hé ahí tu castigo; y cogiendo sin más razones al soldado de plomo, la señorita Mercedes, le arrojó en la chimenea.

La accion habia sido tan rápida, tan instantánea, tan inesperada, que el soldado de plomo no pudo oponer ninguna resistencia.

Acaba de pasar de un agua muy fria á una atmósfera templada, y de repente experimentaba un calor sofocante, y se encontraba en medio de una hoguera.

Este calor, al lado del cual la temperatura del Senegal hubiera sido la zona templada, ¿era el del fuego que le quemaba el cuerpo, ó el del amor que le quemaba el corazon?

El mismo no lo sabia.

Pero lo que sabia perfectamente, es que se iba fundiendo como la cera, y que muy pronto no quedaria de él mas que un pedazo informe.

Entonces, con ojos moribundos, lanzó una última mirada á la linda bailarina, que por su parte le contemplaba con los brazos estendidos hácia él y los ojos estraviados.

En este momento la ventana, mal cerrada, se abrió á impulso del viento: una ráfaga entró en la habitacion y empujando á la bailarina como á una sífide, la lanzó en la chimenea, casi en los brazos del soldado de plomo.

Apenas llegó, cuando el fuego se apoderó de sus vestidos y desapareció en medio de las llamas, consumida en algunos segundos.

La niña se precipitó para socorrer á la bailarina.

Era tarde.

En cuanto al pobre inválido, acabó de fundirse, y cuando por la mañana la criada quitó la ceniza de la chimenea, no encontró mas que un pequeño lingote en forma de un corazon.

Era todo lo que quedaba del soldado de plomo.

UNA MADRE.

Al lado de la cuna de un niño estaba sentada su madre: no habia necesidad sino de mirarla, para leer en su semblante que se hallaba poseida del más vivo dolor.

El hijo tenia el rostro pálido, los ojos cerrados; respiraba con dificultad y cada aspiracion era profunda como un suspiro.

La madre temblaba viéndole morir, y miraba á aquel pobre sér con una tristeza muda ya como la de la desesperacion.

Tres golpes sonaron á la puerta.

¡Adelante! dijo la Madre; y como abrieron y cerraron sin que á pesar de eso oyera ruido de pasos, levantó la cabeza, y miró.

Entónces vió que se acercaba un pobre viejo envuelto en una manta raída, más vieja aún: menguado abrigo era aquel para un invierno riguroso; en la parte exterior de los cristales, blanqueados y enramados por el hielo, hacia diez grados bajo cero, y el viento Norte cortaba la cara.

El viejo estaba descalzo; por eso sin duda no se oían sus pasos sobre el pavimento; temblaba de frio, y, desde que habia entrado, el niño parecia dormir más profundamente que nunca; la madre se levantó para reanimar el fuego de la chimenea; el viejo se sentó en el sitio que ésta dejaba vacío, y se puso á mecer la cuna, entonando una cancion mortalmente triste, en un idioma desconocido.

—Le conservaré, ¿no es verdad? preguntó la madre dirigiéndose á su sombrío huésped.

Este hizo con la cabeza un movimiento que no queria decir ni *si* ni *no*, y se sonrió de una manera estraña.

La madre bajó los ojos; gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas; hacia tres dias y tres noches que no habia comido ni dormido; sintió un gran peso en la frente; se adormeció á pesar suyo, pero pronto despertó llena de sobresalto y completamente helada.

El viejo habia desaparecido.

—¿Dónde está el viejo! exclamó levantándose y corriendo hácia la cuna.

La cuna estaba vacía; el viejo se había llevado al niño.

En este momento, el antiguo reloj, colgado en un rincon del dormitorio, pareció descomponerse súbitamente; la pesa de plomo descendió hasta tocar en el suelo, y la máquina detuvo su movimiento.

La madre se precipitó fuera de la casa, gritando: «¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¿Quién ha visto mi hijo?»

Una mujer colosal vestida con un largo traje negro, que estaba en la calle frente á la casa con los piés en la nieve, la dijo:

— ¡Imprudente! Has dejado que la Muerte entrara en tu casa y meciera á tu hijo; te has dormido mientras estaba á su lado, y no esperaba mas que una cosa: que cerraras los ojos para cojer al niño. Yo la he visto huir rápidamente llevándolo entre sus brazos. Iba ligera como el viento, y lo que la Muerte lleva, pobre madre, no lo vuelve jamás.

—¿Qué camino ha tomado? Sépalo yo, y la seguiré, y daré con ella, y la arrancaré á mi hijo.

—Nada es para mí más fácil que señalarte el camino que sigue; pero ante todo quiero que me cantes todas las canciones que cantabas á tu hijo cuando le mecías. Yo soy la Noche, y he visto correr tus lágrimas cuando las cantabas.

—Yo las cantaré todas, desde la primera á la última, dijo la madre; pero otro dia, más tarde; ahora déjame pasar para que alcance y recobre á mi hijo.

La Noche permaneció muda é inflexible; entónces la pobre madre, retorciéndose los brazos, cantó todas las canciones que habia cantado á su hijo. ¡Muchas fueron las canciones, pero muchas más fueron todavía las lágrimas! Cuando hubo cantado la última, y su voz se estinguió en el sollozo más doloroso, la Noche la dijo:

—Vete en derechura á ese sombrío bosque de cipreses; ahí he visto entrar á la Muerte con tu hijo.

La madre corrió hasta llegar al bosque, y siguió corriendo hasta que en medio de él vió que se dividia el camino; detúvose entónces; dudando si debia tomar el ramal de la derecha ó el de la izquierda. En el ángulo que formaba la union de los dos caminos habia un Espino desnudo de flores y de hojas, pero cubierto de nieve, que pendia en copos helados de todas sus ramas.

—¿Has visto pasar por aquí á la Muerte con mi hijo? preguntó la madre al Espino.

—Sí, respondió el arbusto; pero no te diré cuál de estos dos caminos ha tomado mientras no me calientes en tu seno, porque, ya lo ves, estoy convertido en un témpano de hielo.

La madre, sin vacilar un instante, se puso de rodillas, y estrechó el Espino sobre su seno, á fin de conseguir que la indicase el camino; las espinas se la clavaron en el pecho, del cual brotaban gruesas gotas de sangre. Pero, á medida que el seno se destrozaba y corria la sangre, retoñaba el arbusto, brotando de él bellas hojas verdes y lindas flores rosadas: ¡tanto calor hay en el corazon de una madre!

El Espino la indicó entonces el camino que debía seguir.

Tomóle á la carrera, y llegó así á la orilla de un lago, sobre el cual no se veían bote ni barca de ninguna especie; el Lago, que era muy grande, estaba muy helado para intentar atravesarle nadando, no lo bastante para poderle pasar á pié. Era preciso, sin embargo, por imposible que pareciese á primera vista, que la afligida madre fuera á la opuesta orilla. Entonces cayó de rodillas, esperando que la Providencia le proporcionase el medio.

—No esperes lo imposible, la dijo el Lago, levantando la cabeza sobre el centro de la superficie del agua; más te vale entenderte conmigo. A mí me gustan mucho las perlas, y tus ojos son los más hermosos que he visto: ¿podrías llorar sobre mis aguas hasta que se caigan tus ojos? Entonces las lágrimas se convertirían en perlas y los ojos en brillantes; despues yo te trasportaré á la otra orilla, á la gran estufa templada, donde mora la Muerte, y en la cual cultiva los árboles, las plantas y las flores, cada una de las cuales representa una vida humana.

—¡Oh! contestó la desconsolada madre; yo te daré lo que me pidas para llegar donde esté mi hijo.

Y lloró, lloró tanto, que, no teniendo ya más lágrimas, los ojos cayeron tras de ellas convertidos en perlas, y al llegar al agua se convirtieron en brillantes.

Entonces sacó el Lago sus dos brazos de agua, la cogió, y en un instante la trasportó á la otra orilla. Despues la colocó en el punto donde se hallaba situado el palacio de las flores vivientes. Era inmenso, todo de cristal; tenia muchas leguas de largo, estaba dulcemente templado, en invierno por estufas invisibles, en el estío por los rayos del sol. La pobre madre no podia verle porque ya no tenia ojos; le buscó á tientas hasta que encontró la entrada; en ella tropezó con la portera del palacio.

—¿Qué vienes á buscar aquí? la preguntó.

—Ah! ¡una mujer! exclamó la madre: tendrá piedad de mí.

Despues dirigiéndose á la portera, continuó:

—Vengo, dijo, á buscar á la Muerte, que me ha arrebatado á mi hijo.